

Boletín Oficial

Diócesis de Lugo

Año CLIII - N° 1

Enero-Abril 2025



Sumario

IGLESIA DIOCESANA

Obispo Diocesano

Homilías y Cartas Pastorales

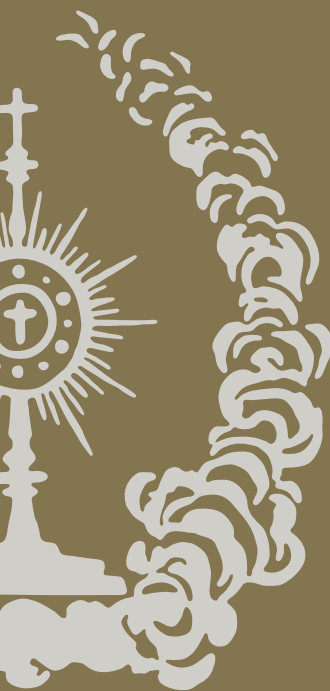
- 6 | Peregrinos y sembradores de esperanza. Jornada de la Vida Consagrada 2025
- 9 | Compartir es nuestra mayor riqueza. Campaña de Manos Unidas 2025
- 11 | Compartir é a nosa maior riqueza. Campaña de Mans Unidas 2025
- 13 | Homilía del funeral por Paula Alvarellos, alcaldesa de Lugo
- 16 | Homilía do funeral por Paula Alvarellos, alcaldesa de Lugo
- 19 | Carta con motivo del fallecimiento del Papa Francisco
- 20 | Carta con motivo do falecemento do Papa Francisco
- 21 | Homilía en el funeral del Papa Francisco
- 25 | Homilía no funeral do Papa Francisco
- 29 | Prólogo de la Semana Santa 2025
- 32 | Prólogo da Semana Santa 2025
- 35 | Homilía en la celebración del Domingo de Ramos
- 37 | Homilía na celebración do Domingo de Ramos
- 39 | Homilía en la celebración del Jueves Santo
- 42 | Homilía na celebración do Xoves Santo
- 45 | Homilía en la celebración del Viernes Santo
- 49 | Homilía na celebración do Venres Santo
- 53 | Homilía en la celebración de la Vigilia Pascual
- 57 | Homilía na celebración da Vixilia Pascual
- 61 | Homilía en la Misa de Pascua
- 64 | Homilía na Misa de Pascua

Edita
Diócesis de Lugo
www.diocesisdelugo.org

Maquetación e impresión
La Voz de la Verdad
www.lavozdelaverdad.es

Depósito Legal
LU 8-1958





Sumario

Decretos

- 67 | Decreto de erección de la Cofradía «Virgen de los Remedios» de Quiroga
- 68 | Decreto de erección de la «Asociación Cultural e relixiosa dos/as cofrades do Xesús cautivo e do Perdón» de Melide

Curia Diocesana

Cancillería

- 69 | Nombramientos
- 70 | Defunciones
- 71 | Necrológicas

SANTA SEDE

Santo Padre Francisco

- 77 | Decreto del Dicasterio para el Clero sobre la disciplina de las intenciones de la Santa Misa
- 84 | Comunicación del fallecimiento del Santo Padre Francisco
- 85 | Testamento espiritual del Santo Padre Francisco

CONFERENCIA EPISCOPAL

- 88 | La Conferencia Episcopal Española se une a la cadena eucarística por la paz en Ucrania y Tierra Santa
- 89 | Fallece el Papa Francisco I a los 88 años de edad
- 90 | Nota y rueda de prensa final de la 269ª Comisión Permanente



Iglesia Diocesana

OBISPO DIOCESANO

Homilías y Cartas Pastorales

- Peregrinos y sembradores de esperanza. Jornada de la Vida Consagrada 2025
- Compartir es nuestra mayor riqueza. Campaña de Manos Unidas 2025
- Compartir é a nosa maior riqueza. Campaña de Mans Unidas 2025
- Homilía del funeral por Paula Alvarellos, alcaldesa de Lugo
- Homilía do funeral por Paula Alvarellos, alcaldesa de Lugo
- Carta con motivo del fallecimiento del Papa Francisco
- Carta con motivo do falecemento do Papa Francisco
- Homilía en el funeral del Papa Francisco
- Homilía no funeral do Papa Francisco
- Prólogo de la Semana Santa 2025
- Prólogo da Semana Santa 2025
- Homilía en la celebración del Domingo de Ramos
- Homilía na celebración do Domingo de Ramos
- Homilía en la celebración del Jueves Santo
- Homilía na celebración do Xoves Santo
- Homilía en la celebración del Viernes Santo
- Homilía na celebración do Venres Santo



- Homilía en la celebración de la Vigilia Pascual
- Homilía na celebración da Vixilia Pascual
- Homilía en la Misa de Pascua
- Homilía na Misa de Pascua

Decretos

- Decreto de erección de la Cofradía «Virgen de los Remedios» de Quiroga
- Decreto de erección de la «Asociación Cultural e relixiosa dos/as cofrades do Xesús cautivo e do Perdón» de Melide

CURIA DIOCESANA

Cancillería

- Nombramientos
- Defunciones
- Necrológicas

OBISPO DIOCESANO

Homilias y Cartas Pastorales

Peregrinos y sembradores de esperanza

Jornada de la Vida Consagrada 2025

Queridos hermanos,

El día de la Presentación de Jesús en el Templo de Jerusalén, Simeón habló como profeta en nombre de su Pueblo y, como él mismo dice, también de las demás gentes: ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

Era María, con José, quien acercó a Jesús al Templo, quien lo ofreció a Dios cumpliendo lo indicado desde antiguo, quien lo puso en brazos de Simeón.

Hoy, queridas hermanas y hermanos, es la iglesia, somos nosotros, es la vida consagrada, en especial quiénes somos peregrinos de esperanza en medio del mundo: es decir, quienes llevamos en los brazos del alma, en el corazón y en la boca, a Jesús, lo acercamos a las gentes y a nuestro pueblo.

Para que sea posible a todos decir también hoy con verdad la palabra de Simeón: ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto al Salvador. La esperanza que puede sostener el anhelo del corazón y confirmar nuestras expectativas más íntimas con motivos ciertos y nuevos horizontes, nace en cada uno al reconocer al Señor, cuando nos es presentado en el camino y nos acercamos a su presencia.

En presencia de su amor y de su designio salvífico, nuestra humanidad se atreve a esperar todo: en la vida, consuelo, perdón abundante, gracia y paz;

guía y compañía verdadera para obrar la justicia y dar sentido a la existencia, para poder afrontar sin temor incluso la muerte.

Somos peregrinos que viven y desean compartir una esperanza inquebrantable, que no declina en nuestros corazones; porque confiamos en Jesús, que ha querido extendernos una mano a los hijos de los hombres, que es misericordioso y fiel, conoce el sufrimiento de la tentación y el peso del pecado, y puede ayudarnos, que ha querido participar de nuestra carne y sangre, para liberarnos del miedo a la muerte con la certeza de la resurrección.

El testimonio de esta esperanza es especialmente urgente en nuestros días. La confianza puesta en el mundo, en su sabiduría y su potencia, en los poderosos de la tierra, se ha demostrado ilusoria y vana para muchos de nuestros contemporáneos. La violencia de las guerras, de las relaciones entre los pueblos, pero también entre las personas, introduce desconfianza y soledad, desasosiego profundo, sufrimiento íntimo, falta de perspectivas y de humanidad.

No es posible confiar nuestras vidas a lo que nos aporte el posible crecimiento futuro del poder humano. Nuestras fuerzas, nuestra capacidad de control y gestión de la naturaleza, de las riquezas del mundo, no son capaces de sostener nuestra esperanza. En cambio, la fragilidad, la pequeñez de nuestras personas, de nuestras palabras y de nuestra presencia, sorprendentemente puede hacerlo: somos peregrinos de esperanza, acercamos, hacemos presente al Señor Jesús.

Él es el fundamento de nuestra vida, de nuestro ser fieles cristianos y de toda vocación de especial consagración. Él nos ha amado primero y se ha entregado por nosotros; nosotros lo hemos amado, hemos querido responderle; y así nuestras palabras y obras, nuestra existencia pueden hablar elocuentemente de Él. La vocación especial de la vida consagrada proclama ante el mundo entero este amor, de cuya belleza habla vuestro seguimiento, y cuya radicalidad, que es promesa de un mundo nuevo, se realiza y manifiesta ya ante nuestros ojos inicialmente en la forma de vuestros votos y promesas; un amor cuya inmensa riqueza y fecundidad testimonian los diferentes carismas, la inacabable diversidad de las formas de vida consagrada.

Demos gracias a Dios, porque ha hecho obras grandes por nosotros y en nosotros; porque ha mirado nuestra pequeñez, la humillación de sus siervos.

Porque nos ha confiado el tesoro mayor: llevar a toda la tierra, a pueblos y gentes, la presencia del Señor; darles a conocer la grandeza de su amor y hacer nacer de nuevo la esperanza en el corazón de nuestro mundo, y en quien más la necesita a nuestro lado.

Pidamos a la Virgen María, en esta fiesta de la Presentación del Señor en el Templo, que nos ampare, que ponga siempre de nuevo a Jesús vivo en nuestras manos, en nuestras vidas. Y que por su intercesión tengamos la gracia grande de cumplir fielmente nuestra misión, de ser verdaderos peregrinos de esperanza, cada uno, cada instituto o congregación, unidos como Iglesia y Pueblo suyo, allí donde el Señor nos envía cada día.

**+ Alfonso,
Obispo de Lugo**

Compartir es nuestra mayor riqueza

Campaña de Manos Unidas 2025

La campaña de Manos Unidas, gesto de esperanza ante las muchas necesidades simbolizadas por el hambre, se sitúa este año en el marco del Jubileo romano ordinario de 2025, en el que la Iglesia nos invita a todos a vivir y a ser precisamente «peregrinos de esperanza» en medio del mundo.

La esperanza nace en nosotros por la experiencia del amor y la entrega de Jesús, el Señor por nosotros; y la certeza de este amor, del que nada podrá separarnos jamás (cf. Rm 8, 38-39), la hace inquebrantable.

El Señor ha querido participar de nuestra carne y sangre, conocer la tentación del sufrimiento y el peso del pecado. Este compartir suyo con nosotros, que no se ha detenido ante la muerte, es nuestra mayor riqueza: vivimos en la fe en el Hijo de Dios, que nos amó y se entregó por nosotros (cf. Ga 2, 20). Saber que no estamos solos, admirarnos al percibir de nuevo la caridad que resplandece en la humanidad de Jesús, en la que nos habla y se expresa Dios mismo, nos hace caminar con esperanza.

El amor infinito de Dios se ha revelado como un compartir, un querer estar con nosotros para siempre, todos los días, sin que lo detengan los abajamientos, los sufrimientos, las ingratitudes que nos son propias. Su expresión más plena es habernos dado participación en su Cuerpo y Sangre. Este es el corazón de nuestra fe, como confesamos en esta Diócesis de Lugo, en la que la Eucaristía está expuesta desde tiempo inmemorial en el altar mayor de la Catedral como signo de la verdadera fe.

El Señor comparte con nosotros su Corazón, su Espíritu, para que aliente también en nosotros. Para que podamos hacer nuestro su Amor, viviendo con realismo pleno una caridad que significa compañía cercana, poner en común lo propio, entrega de sí por el bien del otro. Esta es la raíz de una vida que no será derrotada, a pesar de la fragilidad de nuestra persona, de los límites de nuestras fuerzas y de nuestra gran necesidad de perdón. Pues la caridad no pasará nunca (1Co 13, 8) y ha sido derramada en nuestros corazones (Rm 5, 5).

De modo que ya ahora podemos decir: «Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás» (Francisco, Bula *Spes non confundit*, 21).

Realmente, compartir es nuestra mayor riqueza: el compartir del Señor con nosotros, que nos enriquece para siempre, y nuestro propio compartir con los demás, por la participación en su Espíritu de vida.

El lema de la campaña de Manos Unidas nos recuerda así las verdades más queridas del corazón: la gratitud por el Amor del Señor, que no se avergüenza de llamarnos hermanos (Hb 2, 11), por el don de su Espíritu y por haber querido que, a su imagen y semejanza, la ley de nuestra vida sea también la caridad, más grande cuanto menos se enaltece a sí misma y más se acerca al otro, cuanto más cuida de su dignidad, de su persona y de sus necesidades, cuanto más se entrega para venir en su auxilio.

Agradecemos a Manos Unidas que una vez más nos dé ocasión de recordar estas verdades tan luminosas, que nuestro mundo no parece comprender: la caridad, el compartir es nuestra mayor riqueza.

Y la caridad vivida, el compartir realizado permanecerá para siempre, será camino verdadero de humanidad, sosteniendo la esperanza de nuestros contemporáneos, de los necesitados en cuerpo y alma, y la nuestra en primer lugar.

**+ Alfonso,
Obispo de Lugo**

Compartir é a nosa maior riqueza

Campaña de Mans Unidas 2025

A campaña de Mans Unidas, xesto de esperanza ante as moitas necesidades simbolizadas pola fame, sitúase este ano no marco do Xubileu romano ordinario de 2025, no que a Igrexa convídanos a todos a vivir e a ser precisamente «peregrinos de esperanza» no medio do mundo.

A esperanza nace en nós pola experiencia do amor e a entrega de Xesús, o Señor por nós; e a certeza deste amor, do que nada poderá separarnos xamais (cf. Rm 8, 38-39), faina inquebrantable.

O Señor quixo participar da nosa carne e sangue, coñecer a tentación do sufrimento e o peso do pecado. Este compartir seu connosco, que non se detivo ante a morte, é a nosa maior riqueza: vivimos na fe no Fillo de Deus, que nos amou e entregouse por nós (cf. Ga 2, 20). Saber que non estamos sós, admirarnos ao percibir de novo a caridade que resplandece na humanidade de Xesús, na que nos fala e se expresa Deus mesmo, fainos camiñar con esperanza.

O amor infinito de Deus revelouse como un compartir, un querer estar con nosco para sempre, todos os días, sen que o deteñan os abaixamentos, os sufrimentos, as ingratitudes que nos son propias. A súa expresión máis plena é darnos participación no seu Corpo e Sangue. Este é o corazón da nosa fe, como confesamos nesta Diocese de Lugo, na que a Eucaristía está exposta desde tempo inmemorial no altar maior da Catedral como signo da verdadeira fe.

O Señor comparte connosco o seu Corazón, o seu Espírito, para que alente tamén en nós. Para que podamos facer noso o seu Amor, vivindo con realismo pleno unha caridade que significa compañía próxima, poñer en común o propio, entrega de si polo ben do outro. Esta é a raíz dunha vida que non será derrotada, a pesar da fragilidade da nosa persoa, dos límites das nosas forzas e da nosa gran necesidade de perdón. Pois a caridade non pasará nunca (1Co 13, 8) e foi derramada nos nosos corazóns (Rm 5, 5).

De modo que xa agora podemos dicir: «Son amado, logo existo; e existirei por sempre no Amor que non defrauda e do que nada nin ninguén poderá separarme xamais» (Francisco, Bula *Spes non confundit*, 21).

Realmente, compartir é a nosa maior riqueza: o compartir do Señor connosco, que nos enriquece para sempre, e o noso propio compartir cos demais, pola participación no seu Espírito de vida.

O lema da campaña de Mans Unidas lémbra-nos así as verdades máis queridas do corazón: a gratitude polo Amor do Señor, que non se avergoña de chamarnos irmáns (Hb 2, 11), polo don do seu Espírito e por querer que, ao seu xeito, a lei da nosa vida sexa tamén a caridade, máis grande canto menos se enaltece a si mesma e máis se achega ao outro, canto máis coida da súa dignidade, da súa persoa e das súas necesidades, canto máis se entrega para vir no seu auxilio.

Agradecemos a Mans Unidas que unha vez máis nos dea ocasión de lembrar estas verdades tan luminosas, que o noso mundo non parece comprender: a caridade, o compartir é nosa maior riqueza.

E a caridade vivida, o compartir realizado permanecerá para sempre, será camiño verdadeiro de humanidade, sostendo a esperanza dos nosos contemporáneos, dos necesitados en corpo e alma, e a nosa en primeiro lugar.

**+ Alfonso,
Bispo de Lugo**

Homilía del funeral por Paula Alvarellos, alcaldesa de Lugo

Queridos hermanos,

ofrecemos hoy en nuestra Catedral Basílica la Santa Misa por el eterno descanso de Paula Alvarellos, como un gesto de afecto verdadero, nacido en la relación propiciada por su responsabilidad como alcaldesa de la ciudad de Lugo.

Expresamos así del modo mejor que conocemos el interés por el bien de su persona, su bien definitivo. Nos mueve la esperanza que nos da Jesús nuestro Señor, que murió en la cruz para liberarnos de nuestro pecado; es decir, de la ausencia de calor y de amor que anida en nuestro corazón, que tantas veces insensibiliza la mente y la cierra al bien del prójimo, que declara insignificantes las cosas y las personas, que marchita la vida y, en fin, pretende incluso que nos acomodemos a la muerte.

Pero el Señor nos amó hasta el extremo en esta tierra, para recuperar nuestras personas y abrirnos siempre de nuevo el camino de la vida.

Este amor suyo es nuestro consuelo y nuestra esperanza, el de quien lloró ante la tumba de su amigo Lázaro, pero pudo decir «yo soy la resurrección y la vida»; mientras añadía, con toda la alegría que podía caber en su alma: cree en mí, que «no morirás para siempre». Esta es la expresión propia del amor verdadero, que Cristo hizo realidad con corazón humano y divino: tú no puedes morir, yo lo daré todo para que tú vivas.

Esta es nuestra fe en Jesús el Señor, en Dios Padre, origen de toda vida y amor, a quien encomendamos hoy a Paula. Nuestro destino no es la muerte, y no queremos, ni tampoco debemos ya, aceptarla como el final y la verdad de la vida para nuestros seres queridos, para cada ser humano.

Por eso, pedimos hoy para ella el mayor de los bienes: que en el abrazo de la misericordia divina encuentre la vida en toda su plenitud, libre de males y ataduras del alma y del cuerpo, de engaños y sufrimientos; que el amor del Señor la conduzca a la verdad plena y la llene de gloria. Por esta intención rezamos hoy, con este deseo nos unimos al del Señor Jesús, que murió por nosotros y por nuestra salvación, por ella personalmente. Esto hacemos al celebrar juntos la Eucaristía por su eterno descanso.

Y queremos también dar gracias a Dios por Paula, por los dones con que la enriqueció. No podemos olvidar, en particular, su entrega cordial al servicio de la ciudad de Lugo como alcaldesa.

Sabemos que en ninguna labor hay mérito o valor si no es reflejo de la persona, de su conciencia y su libertad. Y que sólo así una responsabilidad, por significativa y estimable que sea, puede colmar la vida, sin que lo impidan entonces sinsabores y sacrificios.

También la política, ocupación de por sí llena de nobleza y dignidad, está llamada a ser expresión de la persona, de su inteligencia y de su corazón, de su entrega; y, en realidad, a llegar a ser una forma elevada y madura de la caridad verdadera.

Para la sociedad es imprescindible la labor del político, el servicio leal prestado en las diversas instituciones. Pues ni siquiera el marco de las exigencias y los límites que imponen los partidos y sus programas puede hacer desaparecer a la persona y su libertad. Al contrario, todos esperamos la presencia, necesitamos la responsabilidad vivida. De hecho, agradecemos la entrega, el amor que da razón de la dedicación y los trabajos, y que, cuando es verdadero, nunca deja de tener un eco en los ciudadanos.

Esta fue también la vocación personal de Paula. El Dios de la Paz sabrá tener en cuenta y no dejará perder nada de lo que en su vida ha sido «verdadero, noble, justo, puro amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito» (Flp 4, 8).

Nosotros la encomendamos ahora con afecto al Señor de la Vida, llenos de esperanza en su destino bueno, ciertos de que en Cristo la muerte ha sido vencida.

Le pedimos, en particular, a la Virgen María que acompañe y ampare a Paula, madre también, que vuelva a ella sus grandes ojos misericordiosos y le muestre «a Jesús, fruto bendito de su vientre». Para que pueda gozar de aquella luz que ninguna oscuridad puede vencer; y alcance la vida y el amor en su forma plena y definitiva, a la que estaba destinada desde siempre por el Señor, como, confiamos, igualmente todos nosotros.

Homilía do funeral por Paula Alvarellos, alcaldesa de Lugo

Queridos irmáns,

ofrecemos hoxe na nosa Catedral Basílica a Santa Misa polo eterno descanso de Paula Alvarellos, como un xesto de afecto verdadeiro, nacido na relación propiciada pola súa responsabilidade como alcaldesa da cidade de Lugo.

Expresamos así do modo mellor que coñecemos o interese polo ben da súa persoa, o seu ben definitivo. Móvenos a esperanza que nos dá Xesús o noso Señor, que morreu na cruz para liberarnos do noso pecado; é dicir, da ausencia de calor e de amor que aniña no noso corazón, que tantas veces insensibiliza a mente e péchaa ao ben do próximo, que declara insignificantes as cousas e as persoas, que murcha a vida e, en fin, pretende mesmo que nos acomodemos á morte.

Pero o Señor amounos ata o extremo nesta terra, para recuperar as nosas persoas e abrírnos sempre de novo o camiño da vida.

Este amor seu é o noso consolo e a nosa esperanza, o de quen chorou ante a tumba do seu amigo Lázaro, pero puido dicir «eu son a resurrección e a vida»; mentres engadía, con toda a alegría que podía caber na súa alma: cre en min, que «non morrerás para sempre». Esta é a expresión propia do amor verdadeiro, que Cristo fixo realidade con corazón humano e divino: ti non podes morrer, eu dareino todo para que ti vivas.

Esta é a nosa fe en Xesús o Señor, en Deus Pai, orixe de toda vida e amor, a quen encomendamos hoxe a Paula. O noso destino non é a morte, e non queremos, nin tampouco debemos xa, aceptala como o final e a verdade da vida para os nosos seres queridos, para cada ser humano.

Por iso, pedimos hoxe para ela o maior dos bens: que no abrazo da misericordia divina atope a vida en toda a súa plenitude, libre de males e ataduras da alma e do corpo, de enganos e sufrimentos; que o amor do Señor a conduza á verdade plena e a encha de gloria. Por esta intención rezamos hoxe, con este desexo unímonos ao do Señor Xesús, que morreu por nós e pola nosa salvación, por ela persoalmente. Isto facemos ao celebrar xuntos a Eucaristía polo seu eterno descanso.

E queremos tamén dar grazas a Deus por Paula, polos dons con que a enriqueceu. Non podemos esquecer, en particular, a súa entrega cordial ao servizo da cidade de Lugo como alcaldesa.

Sabemos que en ningún labor hai mérito ou valor se non é reflexo da persoa, da súa conciencia e a súa liberdade. E que só así unha responsabilidade, por significativa e estimable que sexa, pode colmar a vida, sen que o impidan entón desgustos e sacrificios.

Tamén a política, ocupación de seu chea de nobreza e dignidade, está chamada a ser expresión da persoa, da súa intelixencia e do seu corazón, da súa entrega; e, en realidade, a chegar a ser unha forma elevada e madura da caridade verdadeira.

Para a sociedade é imprescindible o labor do político, o servizo leal prestado nas diversas institucións. Pois nin sequera o marco das esixencias e os límites que impoñen os partidos e os seus programas pode facer desaparecer á persoa e a súa liberdade. Ao contrario, todos esperamos a presenza, necesitamos a responsabilidade vivida. De feito, agradecemos a entrega, o amor que dá razón da dedicación e os traballos, e que, cando é verdadeiro, nunca deixa de ter un eco nos cidadáns.

Esta foi tamén a vocación persoal de Paula. O Deus da Paz saberá ter en conta e non deixará perder nada do que na súa vida foi «verdadeiro, nobre, xusto, puro amable, loable, todo o que é virtude ou mérito» (Flp 4, 8). Nós

encomendámola agora con afecto ao Señor da Vida, cheos de esperanza no seu destino bo, certos de que en Cristo a morte foi vencida.

Pedímoslle, en particular, á Virxe María que acompañe e ampare a Paula, nai tamén, que volva a ela os seus grandes ollos misericordiosos e lle mostre «a Xesús, froito bendito do seu ventre». Para que poida gozar daquela luz que ningunha escuridade pode vencer; e alcance a vida e o amor na súa forma plena e definitiva, á que estaba destinada desde sempre polo Señor, como, confiamos, igualmente todos nós.

Carta con motivo del fallecimiento del Papa Francisco

Queridos hermanos,

Como sabéis, hoy ha fallecido nuestro Papa Francisco. Llega así a su término su camino terrenal, que él quiso recorrer confiado en Quien desde siempre lo miró con misericordia y lo eligió: Cristo, que, miserando et eligendo, lo llamó al ministerio de Sucesor de Pedro.

Que esta predilección del Señor desvele ahora para él toda su radicalidad, su anchura y profundidad, en el abrazo de aquel amor salvador, en el que nuestro Papa creyó profundamente y en el que puso su esperanza.

Todos los sacerdotes en esta Diócesis de Lugo, junto con nuestras diferentes parroquias y comunidades, ofrezcamos en este día el sacrificio de la Santa Misa por su intención. Pidamos todos que el Señor le conceda descansar en la paz, en la comunión con Él y con los hermanos, y lo colme de vida y de gloria.

A Cristo Jesús, a quien damos gracias por todos sus dones, y especialmente hoy por la persona y el ministerio del papa Francisco, pedimos que cuide y bendiga en estos momentos a su Santa Iglesia, conduciéndola, guiándola, y consolándola con la presencia y la gracia de su Espíritu Santo.

Con mi afecto y bendición

Lugo, 21 de abril de 2025

**+ Alfonso,
Obispo de Lugo**

Carta con motivo do falecemento do Papa Francisco

Queridos irmáns,

Como sabedes, hoxe faleceu o noso Papa Francisco. Chega así ao seu termo o seu camiño terreal, que el quixo percorrer confiado en Quen desde sempre o mirou con misericordia e o elixiu: Cristo, que, miserando et eligendo, chamouno ao ministerio de Sucesor de Pedro.

Que esta predilección do Señor desvele agora para el toda a súa radicalidade, a súa anchura e profundidade, no abrazo daquel amor salvador, no que o noso Papa creu profundamente e no que puxo a súa esperanza.

Todos os sacerdotes nesta Diocese de Lugo, xunto coas nosas diferentes parroquias e comunidades, ofrezamos neste día o sacrificio da Santa Misa pola súa intención. Pidamos todos que o Señor lle conceda descansar na paz, na comunión con El e cos irmáns, e o colme de vida e de gloria.

A Cristo Xesús, a quen damos grazas por todos os seus dons, e especialmente hoxe pola persoa e o ministerio do papa Francisco, pedimos que coide e bendiga nestes momentos á súa Santa Igrexa, conducíndoa, guiándoa, e consolándoa coa presenza e a graza do seu Espírito Santo.

Co meu afecto e bendición

Lugo, 21 de abril de 2025

**+ Alfonso,
Bispo de Lugo**

Homilía en el funeral del Papa Francisco

Queridos hermanos,

Nos reunimos hoy para ofrecer esta Santa Misa de funeral por el eterno descanso de nuestro Papa Francisco.

Nuestra fe nos dice que cuando celebramos la santísima Eucaristía está siempre presente la Iglesia entera, la universalidad de los fieles, vivos y difuntos; porque en la comunión del Cuerpo de Cristo se resumen todos los dones. Y así, en la más humilde celebración eucarística se unen cielo y tierra, está presente Dios mismo, el Señor Jesús y la obra de la salvación del mundo.

Hoy aquí está significada también visiblemente la unidad de todos los fieles, que surge y es fruto culminante de la Eucaristía, del don del Señor; y que se realiza siempre en un lugar, en una Iglesia particular, como manifiesta hoy esta celebración. En ella entramos en la plena comunión de toda la Iglesia, en la que no existen fronteras, ni discriminación alguna por motivo de raza, cultura o condición social. Pues bien, ser principio y fundamento visible de esta unidad universal es el ministerio propio del sucesor de Pedro, que fue encomendado a Francisco.

La unidad de los fieles es fruto del don del Señor, de su muerte para el perdón de los pecados y de su resurrección, por la que nos da un Espíritu nuevo, el suyo, de verdad y de amor. El papa Francisco proclamó desde el inicio esta prioridad radical, este «primerear» del Señor Jesús, que se entrega por aquello que, en cambio, es lo más fácilmente minusvalorado en el mundo: el corazón sencillo, pobre, abierto a Dios y a los hermanos, que sabe ver a

quien está al lado en el camino, especialmente si está cansado o herido; el corazón que da el valor primero a la verdad, a la justicia, a la misericordia, que no se vende por un plato de lentejas, sino que confía en el Señor y quiere guardarse fiel a Él.

Esta certeza dominaba el ánimo y la palabra de Francisco: la prioridad del pobre de corazón, de la persona en su verdad y sencillez. El amor del Señor ha hecho brillar para siempre esta dignidad primera de la persona, que, convertida en criterio de vida y de acción, es el bien más grande, lleno de fecundidad verdadera, capaz de generar humanidad, la cultura de todo un pueblo; y de salvaguardarla. Defender al «pueblo santo de Dios», comprender la fe como generadora de cultura, de vida, de realidad popular, ha sido parte esencial y característica de la labor pastoral de Francisco.

Él no se ha cansado de invitar a la Iglesia a mirarse a sí misma desde la cruz de Cristo, lugar del más pobre, y a entender su misión desde las «periferias» sociales y existenciales y no a partir de los centros de poder de este mundo.

Y ha querido poner en el centro igualmente la unidad visible de los fieles, la realidad constatable de este Pueblo de Dios, al que ha querido dar la preferencia siempre.

Esta unidad de la Iglesia, como fraternidad vivida y católica, de vocación universal, es expresión culminante del don del Señor, que venció la incredulidad y la obstinación, que perdonó los pecados y superó el odio y las divisiones con su Espíritu de caridad.

La Iglesia fue desde el inicio comunidad de discípulos —que siguen a su Maestro, a Jesús—, enviados al mundo por el Señor, y por tanto «discípulos misioneros». Existió siempre como comunidad de rostros y nombres concretos, una compañía real, que el Señor Jesús había conformado durante su vida pública y reconstituyó de forma definitiva tras su resurrección.

De esta fraternidad «apostólica», que viene de Jesús, nos habla siempre el sucesor de Pedro. A esta «comunidad», a esta «Iglesia» nacida en Galilea y en Jerusalén, pertenecemos; a aquella que Jesús encomendó a Pedro y a los Doce, a la que sigue celebrando el memorial instituido en la Última Cena, goza del don del Espíritu Santo y guarda la esperanza de la vida eterna.

El papa Francisco ha puesto gran insistencia en promover esta «unidad vivida» de los fieles cristianos, de los bautizados. Nos ha invitado sistemáticamente a «caminar juntos», escuchando dócilmente la Palabra de Dios y escuchándonos también unos a otros, permaneciendo apegados a la realidad, sin escapar de los dolores de nadie; para procurar luego discernir también juntos la respuesta justa, la acción adecuada, la manera de vivir según la fe, y acompañarnos, consolarnos y cuidarnos mutuamente.

Esta invitación sigue resonando, como una verdadera prioridad para la Iglesia. De hecho, nos trae a la memoria lo que somos y quizá descuidamos, lo que nuestros mayores han vivido hasta hace bien poco como una evidencia: una fe compartida en los hogares, las casas, las aldeas, las parroquias, en las alegrías y las penas.

No olvidaremos esta exhortación del papa Francisco, que nos invitó con fuerza a respetar la propia tradición, nuestra religiosidad popular, a cuidar la forma en la que la fe se hizo vida y cultura en nuestra tierra.

No olvidaremos su enseñanza sobre la prioridad del Evangelio, de la vida y la misión de la comunidad cristiana; su insistencia en que, sobre todo en nuestro mundo occidental, hemos de saber renovar formas envejecidas y poner en cuestión dependencias socioculturales que ya no sirven a la vida de la Iglesia, que ya no la ayudan a entrar en diálogo con una sociedad de cambios profundos, con gentes y lenguas que vienen de otros continentes y otras tierras.

Hoy encomendamos al papa Francisco al abrazo misericordioso del Señor, que le vino al encuentro, como en la vocación de Mateo, *miserando et eligendo*. Este ha sido para él siempre el don primero, el principio y fundamento. En realidad, lo es para todos los que somos fieles cristianos, conocido cada uno de nosotros por su nombre, con una propia vocación y misión en esta vida. Que el legado de Francisco nos dé a todos audacia para confiar realmente en el amor del Señor y afrontar con libertad de corazón los desafíos de nuestra época cambiante.

Cuando celebremos cada domingo la Eucaristía, nos sabremos, como siempre, en la gran comunión de vivos y difuntos, del Cuerpo de Cristo. En ella estará Francisco, por el que rezaremos y que, llegado a término, intercederá por nosotros.

Hoy presentamos al Padre el alma, la vida y el ministerio de Francisco, uniéndolo al don de sí realizado por Cristo en la cruz para la salvación de todos. Es la mejor manera de expresar nuestro cariño, nuestro deseo de su bien definitivo, de que Dios premie todos sus trabajos a favor de la Iglesia, y de darle gracias a Dios por el don de su persona y su ministerio.

Pidamos finalmente a la Virgen María que interceda por su hijo Francisco, como abogada suya; que su amparo materno lo acompañe al ser presentado ante el Señor, que en la cruz quiso dárnosla a todos y, por tanto, a él, a Francisco, como madre.

Y pidamos que vuelva sus ojos de misericordia también a nosotros, a su Pueblo, que peregrina en la esperanza; para que el Señor nos guarde siempre en la fe y nos dé la gracia y los dones de su Espíritu, para que sepamos vivir unidos en la caridad, permaneciendo en la comunión visible de la Iglesia, en la que, por providencia divina, nunca faltará el ministerio del Sucesor de Pedro.

Homilía no funeral do Papa Francisco

Queridos irmáns,

Reunímonos hoxe para ofrecer esta Santa Misa de funeral polo eterno descanso do noso Papa Francisco.

A nosa fe dinos que cando celebramos a santísima Eucaristía está sempre presente a Igrexa enteira, a universalidade dos fieis, vivos e defuntos; porque na comunión do Corpo de Cristo resúmense todos os dons. E así, na máis humilde celebración eucarística únense ceo e terra, está presente Deus mesmo, o Señor Xesús e a obra da salvación do mundo.

Hoxe aquí está significada tamén visiblemente a unidade de todos os fieis, que xorde e é froito culminante da Eucaristía, do don do Señor, e que se realiza sempre nun lugar, nunha Igrexa particular, como manifesta hoxe esta celebración. Nela entramos na plena comunión de toda a Igrexa, na que non existen fronteiras, nin discriminación algunha por motivo de raza, cultura ou condición social. Pois ben, ser principio e fundamento visible desta unidade universal é o ministerio propio do sucesor de Pedro, que foi encomendado a Francisco.

A unidade dos fieis é froito do don do Señor, da súa morte para o perdón dos pecados e da súa resurrección, pola que nos dá un Espírito novo, o seu, de verdade e de amor. O papa Francisco proclamou desde o inicio esta prioridade radical, este «primerear» do Señor Xesús, que se entrega por aquilo que, en cambio, é o máis facilmente deixado a un lado no mundo: o corazón sinxelo, pobre, aberto a Deus e aos irmáns, que sabe ver a quen está ao carón

no camiño, especialmente se está canso ou ferido; o corazón que dá o valor primeiro á verdade, á xustiza, á misericordia, que non se vende por un prato de lentellas, senón que confía no Señor e quere gardarse fiel a El.

Esta certeza dominaba o ánimo e a palabra de Francisco: a prioridade do pobre de corazón, da persoa na súa verdade e sinxeleza. O amor do Señor fixo brillar para sempre esta dignidade primeira da persoa, que, convertida en criterio de vida e de acción, é o ben máis grande, cheo de fecundidade verdadeira, capaz de xerar humanidade, a cultura dun pobo, e de salvagardala. Defender ao «pobo santo de Deus», comprender a fe como xeradora de cultura, de vida, de realidade popular, foi parte esencial e característica do labor pastoral de Francisco.

El non se cansou de convidar á Igrexa para mirarse a si mesma desde a cruz de Cristo, lugar do máis pobre, e a entender a súa misión desde as «periferias» sociais e existenciais e non a partir dos centros de poder deste mundo.

E quixo poñer no centro igualmente a unidade visible dos fieis, a realidade constatable deste Pobo de Deus, ao que quixo dar a preferencia sempre.

Esta unidade de la Igrexa, como fraternidade vivida e católica, de vocación universal, é expresión culminante do don do Señor, que venceu a incredulidade e a obstinación, que perdoou os pecados e superou o odio e as divisións co seu Espírito de caridade.

A Igrexa foi desde o inicio comunidade de discípulos —que seguen ao seu Mestre, a Xesús—, enviados ao mundo polo Señor, e por tanto como «discípulos misioneiros». Existiu sempre como comunidade de rostros e nomes concretos, compañía real, que o Señor Xesús conformara durante a súa vida pública e reconstituíu de forma definitiva tras a súa resurrección.

Desta fraternidade «apostólica», que vén de Xesús, fálanos sempre o sucesor de Pedro. A esta «comuñón», a esta «Igrexa» nada en Galilea e en Xerusalén, pertencemos; a aquela que Xesús encomendou a Pedro e aos Doce, á que segue celebrando o memorial instituído na Última Cea, goza do don do Espírito Santo e garda a esperanza da vida eterna.

O papa Francisco puxo gran insistencia en promover esta «unidade vivida» dos fieis cristiáns, dos bautizados. Convidounos sistematicamente a «camiñar

xuntos», escoitando docilmente a Palabra de Deus e escoitándonos tamén uns a outros, permanecendo apegados á realidade, sen escapar das dores de ninguén; para procurar logo discernir tamén xuntos a resposta xusta, a acción adecuada, a maneira de vivir segundo a fe, e acompañarnos, consolarnos e coidarnos mutuamente.

Esta invitación segue resoando, como unha verdadeira prioridade para a Igrexa. De feito, tráenos á memoria o que somos e quizá descoidamos, o que os nosos maiores viviron ata fai ben pouco como unha evidencia: unha fe compartida nos fogares, as casas, as aldeas, as parroquias, nas alegrías e as penas.

Non esqueceremos esta exhortación do papa Francisco, que nos convidou con forza a respectar a propia tradición, a nosa relixiosidade popular, a coidar a forma na que a fe se fixo vida e cultura na nosa terra.

Non esqueceremos o súa ensinanza sobre a prioridade do Evanxeo, da vida e a misión da comunidade cristiá; a súa insistencia en que, sobre todo no noso mundo occidental, habemos de saber renovar formas envellecidas e poñer en cuestión dependencias socioculturais que xa non serven á vida da Igrexa, que xa non axudan a entrar en diálogo cunha sociedade de cambios profundos, con xentes e linguas que veñen doutros continentes e outras terras.

Hoxe encomendamos ao papa Francisco ao abrazo misericordioso do Señor, que lle veu ao encontro, como na vocación de Mateo, *miserando et eligendo*. Este foi para el sempre o don primeiro, o principio e fundamento. En realidade, o é para todos os que somos fieis cristiáns, coñecido cada un de nos polo seu nome, cunha propia vocación e misión nesta vida. Que o legado de Francisco nos dea a todos audacia para confiar realmente no amor do Señor e afrontar con liberdade de corazón os desafíos da nosa época cambiante.

Cando celebremos cada domingo a Eucaristía, saberémonos, como sempre, na gran comunión de vivos e defuntos, do Corpo de Cristo. Nela estará Francisco, polo que rezaremos e que, chegado a termo, intercederá por nós.

Hoxe presentamos ao Pai a alma, a vida e o ministerio de Francisco, uníndoo ao don de si realizado por Cristo na cruz para a salvación de todos. É a mellor maneira de expresar o noso agarimo, o noso desexo do seu ben definitivo, de que Deus premie todos os seus traballos a favor da Igrexa, e de darlle grazas a Deus polo don da súa persoa e o seu ministerio.

Pidamos finalmente á Virxe María que interceda polo seu fillo Francisco, como avogada súa; que o seu amparo materno o acompañe ao ser presentado ante o Señor, que na cruz quixo dárnola a todos e, por tanto, a el, a Francisco, como nai.

E pidamos que volva os seus ollos de misericordia tamén a nós, ao seu Pobo, que peregrina na esperanza; para que o Señor nos garde sempre na fe e nos dea a graza e os dons do seu Espírito, para que saibamos vivir unidos na caridade, permanecendo na comunión visible da Igrexa, na que, por providencia divina, nunca faltará o ministerio do Sucesor de Pedro.

Prólogo de la Semana Santa 2025

Queridos hermanos,

Por gracia de Dios, celebramos un año más la Semana Santa, con toda su riqueza litúrgica, de vivencia de fe. Participaremos en los acontecimientos salvíficos que se conmemoran solemnemente estos días como un único Pueblo de Dios, unidos en nuestros templos y también en nuestras calles, en los gestos de piedad popular y de recogimiento íntimo y personal.

Seremos así «peregrinos de esperanza», según el lema de este Jubileo ordinario romano, en el que recordamos el fundamento de nuestra vida y de nuestra paz: la fe en el Hijo de Dios, que nos amó y se entregó por nosotros.

Esta semana Santa queremos profesar de nuevo nuestra fe, afirmar la certeza de que nuestra esperanza no defrauda, no declinará nunca. Porque ¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro? ¿la espada? En todo esto vencemos de sobra gracias a Aquel que nos ha amado. (Rm 8, 15-16)

En cada día, en cada paso de la Semana Santa contemplaremos cómo el Señor venció, en plena comunión con el Padre, movido por el amor por nosotros y nuestra salvación.

Aceptó dócilmente la flagelación, todo el dolor que los golpes de los hombres podían infringirle, en todo su cuerpo. Pero la paciencia de su amor fue más grande, que no se guiaba por lo que le convenía a Él, de modo inmediato, en su carne y en su sangre; sino por la afirmación de la voluntad del Padre,

que es Amor y el único de quien esperar la misericordia y el perdón para los hombres, la vida verdadera para sus hermanos.

Y aceptó la corona de espinas, el escarnio de los poderes de este mundo, que se pretenden absolutos, por encima del hombre, despreciando y burlándose de su dignidad. Pero Jesús no se doblegó a este poder del mundo, sufrió su violencia y desmesura, y lo situó en su lugar, en sus límites: la obediencia a la verdad de Dios y del hombre. Y de nuevo, permaneció en el amor al Padre, a su voluntad buena, con un corazón que no quebraban sufrimientos, ni desprecios; y no rechazó la misión encomendada ante la incomprensión y el rechazo violentísimo de quienes ponían la confianza en la propia fuerza y poder, no esperaban en Dios ni tenían compasión del hombre.

Y lo contemplamos en su mayor victoria, alzado en la cruz, cuando todos los dolores y las amarguras que puede causar el pecado del mundo fueron causa sólo de que su entrega y su amor llegase a cumplimiento en toda su anchura y profundidad, confiada el alma en las manos del Padre, cierto de su designio bueno, y ofrecida su vida y su Persona por sus hermanos, a los que no abandona ni niega, ni siquiera en estos momentos, ante la percepción más dura de nuestro pecado, de nuestra maldad, ceguera y obstinación.

Pero el Señor resucitará con toda la gloria del Padre y nos encomendará: decidle a mis hermanos, voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.

Por eso nosotros contemplamos y seguimos sus pasos en Semana Santa, celebramos el misterio de su Pascua, para ofrecerle nuestra fe, para profesar, nuestra esperanza en su amor, sin cerrar los ojos a ningún dolor a ninguna de las maldades que dañan la vida.

Vemos el mundo, cargado de problemas y sufrimientos, de guerra y calamidades, de soberbia, egoísmo y avaricia.

Y afirmamos que nuestro Redentor vive, que nuestra esperanza no declina nunca, que nosotros queremos pedir perdón en primera persona por nuestros pecados, y auxilio para nosotros mismos y para nuestro mundo.

Queremos ser «peregrinos de esperanza», que la anuncian, la siembran, la hacen posible; porque la llevan en el corazón, fundada en el amor vencedor

del Señor, que contemplamos de modo especial con agradecimiento profundo un año más esta Semana Santa.

Que el Señor nos bendiga, nos dé paz, gracia y alegría a todos, y esperanza a nuestro mundo.

¡Felices Pascuas a todos!

**+ Alfonso,
Obispo de Lugo**

Prólogo da Semana Santa 2025

Queridos irmáns,

Por graza de Deus, celebramos un ano máis a Semana Santa, con toda a súa riqueza litúrxica, de vivencia de fe. Participaremos nos acontecementos salvíficos que se conmemoran solemnemente estes días como un único Pobo de Deus, unidos nos nosos templos e tamén nas nosas rúas, nos xestos de piedade popular e de recollemento íntimo e persoal.

Seremos así «peregrinos de esperanza», segundo o lema deste Xubileu ordinario romano, no que lembramos o fundamento da nosa vida e da nosa paz: a fe no Fillo de Deus, que nos amou e se entregou por nós.

Esta semana Santa queremos profesar de novo a nosa fe, afirmar a certeza de que a nosa esperanza non defrauda, non declinará nunca. Porque quen nos separará do amor de Cristo? a tribulación?, a angustia?, a fame?, a nudez?, o perigo? a espada? En todo isto vencemos de sobra grazas a Aquel que nos amou. (Rm 8, 15-16)

En cada día, en cada paso da Semana Santa contemplaremos como o Señor venceu, en plena comunión co Pai, movido polo amor por nós e a nosa salvación.

Aceptou docilmente a flaxelación, toda a dor que os golpes dos homes podían infrinxirlle, en todo o seu corpo. Pero a paciencia do seu amor foi máis grande, que non se guiaba polo que lle conviña a El, de modo inmediato, na súa carne e no seu sangue; senón pola afirmación da vontade do Pai, que é Amor e o

único de quen esperar a misericordia e o perdón para os homes, a vida verdadeira para os seus irmáns.

E aceptou a coroa de espiñas, o escarnio dos poderes deste mundo, que se pretenden absolutos, por encima do home, desprezando e burlándose da súa dignidade. Pero Xesús non se dobregou a este poder do mundo, sufriu a súa violencia e desmesura, e situouno no seu lugar, nos seus límites: a obediencia á verdade de Deus e do home. E de novo, permaneceu no amor ao Pai, á súa vontade boa, cun corazón que non crebaban sufrimentos, nin desprezos; e non rexeitou a misión encomendada ante a incomprensión e o rexeitamento violentísimo de quen poñía a confianza na propia forza e poder, non esperaban en Deus nin tiñan compaixón do home.

E contemplámolo na súa maior vitoria, alzado na cruz, cando todas as dores e as amarguras que pode causar o pecado do mundo foron causa só de que a súa entrega e o seu amor chegase a cumprimento en toda a súa anchura e profundidade, confiada a alma nas mans do Pai, certo do seu designio bo, e ofrecida a súa vida e a súa Persoa polos seus irmáns, aos que non abandona nin nega, nin sequera nestes momentos, ante a percepción máis dura do noso pecado, da nosa maldade, cegueira e obstinación.

Pero o Señor resucitará con toda a gloria do Pai e encomendaranos: dicí-delle aos meus irmáns, vou ao meu Pai e ao voso Pai, ao meu Deus e ao voso Deus.

Por iso nós contemplamos e seguimos os seus pasos en Semana Santa, celebramos o misterio da súa Pascua, para ofrecerlle a nosa fe, para profesar, a nosa esperanza no seu amor, sen pechar os ollos a ningunha dor a ningunha das maldades que danan a vida.

Vemos o mundo, cargado de problemas e sufrimentos, de guerra e calamidades, de soberbia, egoísmo e avaricia.

E afirmamos que o noso Redentor vive, que a nosa esperanza non declina nunca, que nós queremos pedir perdón en primeira persoa polos nosos pecados, e auxilio para nós mesmos e para o noso mundo.

Queremos ser «peregrinos de esperanza», que a anuncian, seméntana, fana posible; porque a levan no corazón, fundada no amor vencedor do Señor, que

contemplamos de modo especial con agradecemento profundo un ano máis esta semana Santa.

Que o Señor nos bendiga, nos dea paz, graza e alegría a todos, e esperanza ao noso mundo.

Felices Pascuas a todos!

**+ Alfonso,
Bispo de Lugo**

Homilía en la celebración del Domingo de Ramos

Queridos hermanos,

Un año más llega a nosotros la noticia de nuestra redención, de la salvación del mundo, sucedida según el plan de Dios en los acontecimientos vividos por Jesús, Nuestro Señor, en su paso definitivo de la muerte a la vida.

Escuchamos la lectura de la Pasión, se nos proclama de nuevo el Evangelio, como invitación a aceptar de corazón y a ser partícipes personalmente de esta obra de salvación que celebramos especialmente en Semana Santa, y cada domingo, como realidad ya presente entre nosotros.

Sabemos que si estuviésemos en el mundo solos, sin Dios y sin esperanza, y viéramos sus calamidades y guerras, que parecen recomenzar indefinidamente, sus infidelidades y sufrimientos, parecería imponerse como realidad última una derrota, completamente contraria al deseo de nuestro corazón, a la promesa de bien experimentada en nuestras relaciones más verdaderas. Como si no hubiese modo de que los pasos de nuestro caminar tuviesen sentido pleno y una meta alcanzable, de que la felicidad fuese para nosotros algo más que una utopía o un sueño.

Pero hoy hacemos memoria viva de que Dios se ha hecho hombre, por nosotros y por nuestra salvación. Y podemos reconocer de nuevo la ternura con que el Creador de cielos y tierra nos mira, y que nos desveló queriendo estar en brazos de su Madre recién nacido en Belén. Y vemos realizarse en Él, en Jesús, el amor más grande, de quien da la vida por sus amigos, sin dudar, incluso cuando se comportan y son aún sus enemigos.

En el Señor Jesús se nos manifiesta el corazón de Dios mismo: por tu felicidad, por tu sed de verdad y de justicia, porque te libres del mal y tengas vida, para que se realice tu plenitud y no te quedes en la muerte, asumiré tus cargas, soportaré tus dolores. He venido para estar contigo y quedarme para siempre, y acompañarte en tu camino; a hacer posible que se llene de verdad y de vida, tejida de lo más humano, sostenida por el aliento de la caridad, de una fe firme, de una esperanza incansable.

En Getsemaní vemos el amor del Padre para con nosotros, por quienes pide al Hijo que beba aquel cáliz amargo. Y vemos la libertad del Hijo, de Jesús, gracias al cual el amor divino habita para siempre en el corazón humano, que dice que sí a lo que quiere el Padre, y no niega ni rechaza a ninguno de sus hermanos.

Hemos escuchado cómo el Señor deseaba aquella noche simplemente la compañía de los suyos; y cómo el cansancio y la debilidad, nuestra fragilidad, impidieron que la tuviera. El Señor vivirá así una soledad que, en realidad, nos sería tan ajena; pero que invade las vidas y los rostros de los hombres, como una falta de cercanía, de compasión, de unidad; como ese pecado del que se quejará Jesús en el Juicio: tenía hambre, tenía sed, estaba desnudo, y no vinisteis en mi auxilio.

Y vino para que no estuviésemos ya solos, no se perdiese la vida lejos de Dios y de los hermanos. Y lo llevó a cabo en Getsemaní, en aquel primer y definitivo Triduo Pascual: murió para realizar esta compañía, esta unidad; para hacer posible esta fraternidad definitiva que no sabemos vivir. Nosotros no podíamos, nos quedábamos solos, nos perdíamos. Él no será derrotado por nuestro pecado, nuestro cansancio y nuestro miedo; se hará presente resucitado para restaurar una amistad que parecía rota por el abandono y la muerte, e iluminará todo lo humano, hará revivir las certezas y el calor del corazón.

Nos ofrece compañía para siempre; ya ahora, dando todo su valor precioso al tiempo y a los gestos de nuestra existencia, a todas nuestras relaciones. Y definitivamente venciendo la muerte en la resurrección, en la plena comunión con Dios, Padre y origen de todo bien, de toda vida.

Que la celebración de la Semana Santa nos ayude a todos a reconocernos partícipes, personalmente, de este don de la salvación, por la que el Señor Jesús padeció, murió y resucitó.

Que así sea.

Homilía na celebración do Domingo de Ramos

Queridos irmáns,

Un ano máis chega a nós a noticia da nosa redención, da salvación do mundo, sucedida segundo o plan de Deus nos acontecementos vividos por Xesús, o noso Señor, no seu paso definitivo da morte á vida.

Escoitamos a lectura da Paixón, proclámasenos de novo o Evanxeo, como invitación a aceptar de corazón e a ser partícipes persoalmente desta obra de salvación que celebramos especialmente en Semana Santa, e cada domingo, como realidade xa presente entre nós.

Sabemos que se estivésemos no mundo sós, sen Deus e sen esperanza, e vísemos as súas calamidades e guerras, que parecen recomenzar indefinidamente, as súas infidelidades e sufrimentos, parecería impoñerse como realidade última unha derrota, completamente contraria ao desexo do noso corazón, á promesa de ben experimentada nas nosas relacións máis verdadeiras. Coma se non houberse modo de que os pasos do noso camiñar tivesen sentido pleno e unha meta alcanzable, de que a felicidade fose para nós algo máis que unha utopía ou un soño.

Pero hoxe facemos memoria viva de que Deus se fixo home, por nós e pola nosa salvación. E podemos recoñecer de novo a tenrura con que o Creador de ceos e terra nos mira, e que nos desvelou querendo estar en brazos da súa Nai recen nado en Belén. E vemos realizarse nel, en Xesús, o amor máis grande, de quen dá a vida polos seus amigos, sen dubidar, mesmo cando se comportan e son aínda os seus inimigos.

No Señor Xesús maniféstanos o corazón de Deus mesmo: pola túa felicidade, pola túa sede de verdade e de xustiza, porque te libres do mal e teñas vida, para que se realice a túa plenitude e non te quedes na morte, asumirei as túas cargas, soportarei as túas dores. Vin para estar contigo e quedarme para sempre, e acompañarte no teu camiño; a facer posible que se encha de verdade e de vida, tecida do máis humano, sostida polo alento da caridade, dunha fe firme, dunha esperanza incansable.

En Getsemaní vemos o amor do Pai para connosco, por quen pide ao Fillo que beba aquel cáliz amargo. E vemos a liberdade do Fillo, de Xesús, grazas ao cal o amor divino habita para sempre no corazón humano, que di que si ao que quere o Pai, e non nega nin rexeita a ningún dos seus irmáns.

Escoitamos como o Señor desexaba aquela noite simplemente a compañía dos seus; e como o cansazo e a debilidade, a nosa fraxilidade, impediron que a tivese. O Señor vivirá así unha soidade que, en realidade, seríanos tan allea; pero que invade as vidas e os rostros dos homes, como unha falta de proximidade, de compaixón, de unidade; como ese pecado do que se queixará Xesús no Xuízo: tiña fame, tiña sede, estaba espido, e non viñestes no meu auxilio.

E veu para que non estivésemos xa sós, non se perdesse a vida lonxe de Deus e dos irmáns. E levouno a cabo en Getsemaní, naquel primeiro e definitivo Triduo Pascual: morreu para realizar esta compañía, esta unidade; para facer posible esta fraternidade definitiva que non sabemos vivir. Nós non podíamos, quedabamos sós, perdiámonos. El non será derrotado polo noso pecado, o noso cansazo e o noso medo; farase presente resucitado para restaurar unha amizade que parecía rota polo abandono e a morte, e iluminará todo o humano, fará revivir as certezas e a calor do corazón.

Ofrécenos compañía para sempre; xa agora, dando todo o seu valor precioso ao tempo e aos xestos da nosa existencia, a todas as nosas relacións. E definitivamente vencendo a morte na resurrección, na plena comunión con Deus, Pai e orixe de todo ben, de toda vida.

Que a celebración da Semana Santa nos axude a todos a recoñecernos participantes, persoalmente, deste don da salvación, pola que o Señor Xesús padeceu, morreu e resucitou.

Que así sexa.

Homilía en la celebración del Jueves Santo

Queridos hermanos,

Celebramos hoy solemnemente la memoria de la Última Cena, en la que se establece la nueva Alianza, en la que Dios lleva a plenitud la realizada con Israel en su salida de Egipto, por mediación de Moisés, como acabamos de oír.

Se manifiesta así, ante todo, la fidelidad y el designio de Dios. Él ya había hecho Alianza con Abraham y antes, de otro modo, también con Noé. En realidad, la creación misma había significado también una Alianza, en las condiciones establecidas en conversación con Adán y Eva.

Desde el inicio se muestra la sabiduría y la bondad del designio divino: todo lo que hizo, el mundo, la creación y el hombre mismo, era bueno. En su Alianza a lo largo de la historia el Señor defenderá siempre esta bondad. Y Él mismo se desvelará siempre como un Dios que ama a su criatura, a su Pueblo, que lo quiere como un esposo a una esposa o como una madre al hijo de sus entrañas. Sus palabras, sus mandatos e instituciones han estado destinadas siempre a lo largo de la historia al bien de su Pueblo, a conducirlo a la vida y a la comunión con Él.

Porque nosotros, desde Adán y Eva, desdeñamos esta relación, escogimos, otros caminos, privilegiamos otras referencias, dimos autoridad a otros señores sobre nuestra vida; introdujimos divisiones, separación y formas de dominio. Incumplimos la encomienda primera del cuidado del mundo y del prójimo; olvidamos la lealtad y el amor para con Dios y con el hermano.

Dios, sin embargo, nunca se sometió a esta voluntad nuestra, siempre buscó nuevas formas de relación y de unidad. No aceptó doblegar su amor a nuestro desamor, permitiendo la ruina de su creación y del hombre, que el corazón y la vida de sus hijos quedase dominada por la injusticia y la muerte.

El amor del Señor por nosotros, los hombres, es eterno, no tiene medida. Él no negará nunca la bondad de todo lo creado, y del ser humano —como sí hace, en cambio, por soberbia y envidia, el diablo, el enemigo del género humano, los hijos de las tinieblas.

Pero el Señor permanece fiel a su Alianza, incluso cuando nosotros somos aún infieles. No vino a condenar, sino a salvar. Él nos ofrece su Amor y encuentra el modo de que el corazón humano le corresponda plenamente; esto acontece en Jesús en primer lugar y, gracias a Él, en el corazón inmaculado de la Virgen María; pero luego también en el de los discípulos, unidos con Él como miembros de su Cuerpo, que viven de su vida, de su Espíritu.

Esta es la Alianza nueva y eterna que el Señor nos ofrece en la Última Cena y realiza en su Pascua: venir a nuestro encuentro en nuestra necesidad más profunda —nos falta Dios, su gloria y su amor—, incluso cuando no la percibimos, como Pedro; lavarnos de la suciedad del camino, de la infidelidad, los errores, miserias y pecados. El lavatorio de los pies expresa lo más íntimo de su misión, la verdad del amor suyo y del Padre, manifiesto en este abajarse humilde a nuestra pobreza.

Y nos da participar de su Cuerpo y de su Sangre, en la comunión más profunda y real, por la que todo lo suyo es nuestro y lo nuestro suyo. De manera que se inscriba su Ley en nuestros corazones, que participemos de su Espíritu de vida, lleno de sabiduría, de inteligencia, de fortaleza, de amor radical, de conocimiento de Dios.

Esta es la victoria del Señor: la vida y la gloria de los suyos; la unidad de los hermanos, real ya en el tiempo a pesar de nuestra fragilidad y pecado.

Que la fe, la esperanza y la caridad pueda brillar en nuestros corazones y, por tanto, en esta tierra, es obra que habla de la potencia del Dios que vence al mundo; y que habla de la grandeza del Amor que habita el corazón de Jesús, de las dimensiones de su libertad y de los frutos de su sacrificio.

Este es su testamento, su Alianza, la obra que Él nos deja y nos encomienda: su Eucaristía, el don inmenso de su propia persona y de su misión cumplida en la entrega plena de sí por los hermanos.

Aquí se anuda para siempre Dios y el hombre, la gracia divina y la fe humana. Aquí la caridad ya no alienta sólo en Dios, sino también en el hombre, y es vida nueva vencedora de la muerte y de todo mal. Un gesto de caridad cubrirá una multitud de pecados; el gesto del Señor Jesús salvará el mundo entero.

Hoy conmemoramos la Última Cena, la institución de su memorial perpetuo, de la Eucaristía. Esta es la Alianza verdadera, realizada, perenne, del Señor con su Pueblo. Sigue presente, cercana, cotidiana; la celebramos en medio de nuestras casas, en nuestras parroquias, en los lugares de nuestra vida y en nuestra historia, durante el año, cada domingo.

Hoy contemplamos su Amor, la Caridad que era sólo divina y ahora renueva el corazón de cada uno, que está presente en el mundo, como aquel río que salía del costado del Templo —del Señor— y sanaba todo lo salobre y fecundaba todo lo que tocaba.

Y estamos llamados especialmente a la fe y al agradecimiento, que se expresa en la participación y en la adoración de la Eucaristía; en la obediencia al Señor, que nos dejó el mandato de amar al prójimo como Él lo había hecho, de lavar-nos los pies —ayudarnos en las necesidades del cuerpo y del alma— los unos a los otros, como testimonio ante el mundo entero de esperanza viva, de vida nueva en la fraternidad y la paz.

Homilía na celebración do Xoves Santo

Queridos irmáns,

Celebramos hoxe solemnemente a memoria da Última Cea, na que se establece a nova Alianza, na que Deus leva a plenitude a realizada con Israel na súa saída de Exipto, por mediación de Moisés, como acabamos de oír.

Maniféstase así, ante todo, a fidelidade e o designio de Deus. El xa fixera Alianza con Abraham e antes, doutro xeito, tamén con Noé. En realidade, a creación mesma significara tamén unha Alianza, nas condicións establecidas en conversación con Adán e Eva.

Desde o inicio móstrase a sabedoría e a bondade do designio divino: todo o que fixo, o mundo, a creación e o home mesmo, era bo. Na súa Alianza ao longo da historia o Señor defenderá sempre esta bondade. E El mesmo desvelarase sempre como un Deus que ama á súa criatura, ao seu Pobo, que o quere como un esposo a unha esposa ou como unha nai ao fillo das súas entrañas. As súas palabras, os seus mandatos e institucións estiveron destinadas sempre ao longo da historia ao ben do seu Pobo, a conducilo á vida e á comunión con El.

Porque nós, desde Adán e Eva, desdeñamos esta relación, escollemos, outros camiños, privilexiamos outras referencias, demos autoridade a outros señores sobre a nosa vida; introducimos divisións, separación e formas de dominio. Incumprimos a encomenda primeira do coidado do mundo e do próximo; esquecemos a lealdade e o amor para con Deus e co irmán.

Deus, con todo, nunca se someteu a esta vontade nosa, sempre buscou novas formas de relación e de unidade. Non aceptou dobregar o seu amor ao noso desamor, permitindo a ruína da súa creación e do home, que o corazón e a vida dos seus fillos quedase dominada pola inxustiza e a morte.

O amor do Señor por nós, os homes, é eterno, non ten medida. El non negará nunca a bondade de todo o creado, e do ser humano —como si fai, en cambio, por soberbia e envexa, o diaño, o inimigo do xénero humano, os fillos das tebras.

Pero o Señor permanece fiel á súa Alianza, mesmo cando nós somos aínda infieis. Non veu condenar, senón a salvar. El ofrécenos o seu Amor e atopa o modo de que o corazón humano lle corresponda plenamente; isto acontece en Xesús en primeiro lugar e, grazas a El, no corazón inmaculado da Virxe María; pero logo tamén no dos discípulos, unidos con El como membros do seu Corpo, que viven da súa vida, do seu Espírito.

Esta é a Alianza nova e eterna que o Señor nos ofrece na Última Cea e realiza na súa Pascua: vir ao noso encontro na nosa necesidade máis profunda —fáltanos Deus, a súa gloria e o seu amor—, mesmo cando non a percibimos, como Pedro; lavarnos da sucidade do camiño, da infidelidade, os erros, miserias e pecados. O lavatorio dos pés expresa o máis íntimo da súa misión, a verdade do amor seu e do Pai, manifesto neste abaixarse humilde á nosa pobreza.

E dános participar do seu Corpo e do seu Sangue, na comunión máis profunda e real, pola que todo o seu é noso e o noso seu. De maneira que se inscriba a súa Lei nos nosos corazóns, que participemos do seu Espírito de vida, cheo de sabedoría, de intelixencia, de fortaleza, de amor radical, de coñecemento de Deus.

Esta é a vitoria do Señor: a vida e a gloria dos seus; a unidade dos irmáns, real xa no tempo a pesar de nosa fraxilidade e pecado.

Que a fe, a esperanza e a caridade poida brillar nos nosos corazóns e, por tanto, nesta terra, é obra que fala da potencia do Deus que vence ao mundo; e que fala da grandeza do Amor que habita o corazón de Xesús, das dimensións da súa liberdade e dos froitos do seu sacrificio.

Este é o seu testamento, a súa Alianza, a obra que El nos deixa e encoméndanos: a súa Eucaristía, o don inmenso da súa propia persoa e da súa misión cumprida na entrega plena de si polos irmáns.

Aquí átase para sempre Deus e o home, a graza divina e a fe humana. Aquí a caridade xa non alenta só en Deus, senón tamén no home, e é vida nova vencedora da morte e de todo mal. Un xesto de caridade cubrirá unha multitude de pecados; o xesto do Señor Xesús salvará o mundo enteiro.

Hoxe conmemoramos a Última Cea, a institución do seu memorial perpetuo, da Eucaristía. Esta é a Alianza verdadeira, realizada, perenne, do Señor co seu Pobo. Segue presente, próxima, cotiá; celebrámola no medio das nosas casas, nas nosas parroquias, nos lugares da nosa vida e na nosa historia, durante o ano, cada domingo.

Hoxe contemplamos o seu Amor, a Caridade que era só divina e agora renova o corazón de cada un, que está presente no mundo, como aquel río que saía do costado do Templo —do Señor— e sandaba todo o salobre e fecundaba todo o que tocaba.

E estamos chamados especialmente á fe e ao agradecemento, que se expresa na participación e na adoración da Eucaristía; na obediencia ao Señor, que nos deixou o mandato de amar ao próximo como El o fixera, de lavarnos os pés —axudarnos nas necesidades do corpo e da alma— os uns aos outros, como testemuño ante o mundo enteiro de esperanza viva, de vida nova na fraternidade e a paz.

Homilía en la celebración del Viernes Santo

Queridos hermanos,

Ante el escándalo de la Pasión del Señor, de que la verdad de su amor y el cumplir la voluntad del Padre lo llevasen a morir en la Cruz, nuestra fe responde que esto sucedió, según las Escrituras, para el perdón de nuestros pecados y los de todo el mundo. Estas eran ya las palabras con la que su misión fue anunciada por el Ángel a María: salvará a su Pueblo de los pecados; Juan Bautista lo había presentado como «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»; y así transmite Mateo la intención explícita de Jesús, manifestada en la Última Cena: esta es mi sangre de la alianza, derramada por muchos para el perdón de los pecados.

El escándalo echa sus raíces en que la relación del hombre con Dios —y la no relación, distanciándose de la fuente de la vida, de la verdad y del amor— pasa por la libertad humana, presente en lo más íntimo de cada uno, discreta, quizá escondida en la actitud profunda del propio corazón.

Necesitaríamos una relación con Dios clara y fuerte, una fe firme, una confianza grande en Él y en su providencia bondadosa, para afrontar los desafíos de cada día, de acuerdo con la verdad de la vida, con la ley que corresponde verdaderamente al ser humano; y que no es la del egoísmo, ni la de la victoria del grande sobre el chico, sino que es aquella que está dicha en el Evangelio y está viva en la gracia de Dios, en su Espíritu, que es amor.

Pero esta relación, esencialmente libre, solo llega a ser firme cuando podemos reconocer su amor en el presente, apoyarnos en él, caminar en su compañía.

Este Amor inmenso nos ha sido revelado por el Señor Jesús, que se entregó por nosotros sin límite alguno. Llevamos esta certeza en lo hondo del corazón, constituye el núcleo mismo de nuestra fe.

Pero tantas cosas nos hablan de otra manera, e incluso, podría parecernos, el mundo entero. ¿No consiste el verdadero realismo en dejar de esperar en Dios, en saber que no hay más ayuda que el poder y las fuerzas de que disponemos? ¿No debemos entender nuestra existencia en el contexto de los planes, recursos y proyectos de este mundo? ¿Y, por tanto, no habríamos de poner nuestra confianza en quienes los dirigen, en los poderosos?

En estos planteamientos, quien triunfa puede pensar que está ya seguro y tranquilo; aunque muchos se hayan quedado por el camino, olvidados. Pero, en realidad, es una forma de vivir en la que no hay atención verdadera por la persona particular de nadie, pues a todos se juzga fundamentalmente por la utilidad. Ningún proyecto o ideología de este mundo está destinado a servir al bien de nuestras personas, aunque podamos ser tenidos en cuenta y usados para alcanzar los fines acordados.

Se genera así una cierta incomodidad interior, una tristeza por la que te vas distanciando de la responsabilidad con las cosas y con las personas, la tendencia a la huida hacia un mundo propio y privado. Dominan entonces fácilmente la vanidad, las reacciones inmediatas, el movimiento instintivo, la falta de compasión, la deshonestidad y no el amor a la verdad. Es el pecado, que puede tomar muchas formas, pero siempre es un marchitarse, una pérdida del tiempo y de las posibilidades de la vida; y que puede llegar a ser abandono del prójimo, mentira, aceptación de la muerte como último horizonte.

Por el contrario, el Señor afirma hasta el final el amor por nuestras personas, mostrando en la cruz que toma totalmente en serio nuestra situación, cómo somos, cómo nuestro poder humano deriva en violencia, arrastra a las personas, no se detiene ante la muerte del inocente, desprecia al humilde y al pobre, porque los propios proyectos son más importantes.

En la cruz se revela, en cambio, la bondad con la que el Señor Jesús mira a cada uno; una bondad que es el poder más verdadero e ilimitado, que atraviesa toda oscuridad y todo pecado, capaz de abrazar y recrear a nuestras

personas heridas, ingratas, necesitadas, con toda la radicalidad de un Amor que es eterno e infinito.

Así aprendemos, no solo que nuestros pecados pueden encontrar misericordia; sino que somos abrazados con una comprensión y un afecto inimaginables, como el Padre acogió al hijo pródigo, como una madre cuida al hijo nacido de sus entrañas, cuando está en gran necesidad y peligro.

Reconocemos el Amor del Señor, verdaderamente divino, que se nos comunica como un hecho de nuestra historia. Cristo padeció realmente, vino a nuestro encuentro, siendo aún injustos y pecadores. Él no nos deja de lado, no estamos solos. Y sobre esta relación podemos construir la vida, con esperanza inquebrantable.

Pues si experimentamos que nuestra libertad, por sí misma, es inconstante y frágil, estamos seguros ahora de que su Amor «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta»; y de que, resucitado, su Amor «no pasa nunca». Sabemos de su grandeza, de su constancia más allá de la muerte; y decimos con el apóstol: «¿quién nos separará del amor de Cristo?».

Contemplando el camino del Señor Jesús, se despierta de nuevo nuestra fe en Dios, en su designio bueno para nosotros y para nuestra vida. Y crece el agradecimiento por su generosidad inmensa, por su entrega por nosotros, que nos redime del mal y reconforta nuestro corazón dolido; por que haya restaurado la relación de Dios con nosotros, que fortalece nuestra libertad, le hace dar frutos de humanidad verdadera, y nos promete vida eterna.

No queremos ni podemos negar ya esta mirada suya sobre nosotros, que Él nos ha mostrado con su vida y con su muerte. Al contrario, podemos ser testigos de esta ternura y de esta fuerza del amor del Señor ante nuestro prójimo, los unos para con los otros.

Más aún, estamos llamados a anunciar la esperanza al mundo, a decirle que no está dejado a su suerte, que no está gobernado por la ley del más fuerte, que la historia no se hace con la violencia y las guerras. Estamos llamados a hacer presente en el mundo el Amor de Dios que lo sostiene, que evita que se encierre y se agote en sí mismo, que le da la mayor dignidad posible al permitir que los hombres hagamos en esta tierra caminos de libertad y de salvación.

Que el corazón plenamente fiel, inmaculado y libre de la Virgen María nos consiga la gracia de responder como ella al Señor, a quien adoramos sacrificado por nosotros en la cruz; de que nuestra alma y nuestra mente, conmovidas por la manifestación de su Amor, den la espalda al pecado y se vuelvan confiadas a la esperanza de la salvación, a la vida nueva, en comunión con Dios y con los hermanos.

Homilía na celebración do Venres Santo

Queridos irmáns,

Ante o escándalo da Paixón do Señor, de que a verdade do seu amor e o cumprir a vontade do Pai o levasen a morrer na Cruz, a nosa fe responde que isto sucedeu, segundo as Escrituras, para o perdón dos nosos pecados e os de todo o mundo. Estas eran xa as palabras coa que a súa misión foi anunciada polo Anxo a María: salvará ao seu Pobo dos pecados; Xoán Bautista presentá-rao como «o Cordeiro de Deus que quita o pecado do mundo»; e así transmite Mateo a intención explícita de Xesús, manifestada na Última Cea: este é o meu sangue da alianza, derramada por moitos para o perdón dos pecados.

O escándalo bota as súas raíces en que a relación do home con Deus —e a non relación, distanciándose da fonte da vida, da verdade e do amor— pasa pola liberdade humana, presente no máis íntimo de cada un, discreta, quizá escondida na actitude profunda do propio corazón.

Necesitamos unha relación con Deus clara e forte, unha fe firme, unha confianza grande Nel e na súa providencia bondadosa, para afrontar os desafíos de cada día, de acordo coa verdade da vida, coa lei que corresponde verdadeiramente ao ser humano; e que non é a do egoísmo, nin a da vitoria do grande sobre o pequeno, senón que é aquela que está dita no Evanxeo e está viva na graza de Deus, no seu Espírito, que é amor.

Pero esta relación, esencialmente libre, só chega a ser firme cando podemos recoñecer o seu amor no presente, apoiarnos nel, camiñar na súa compañía.

Este Amor inmenso foinos revelado polo Señor Xesús, que se entregou por nós sen límite algún. Levamos esta certeza no fondo do corazón, constitúe o núcleo mesmo da nosa fe.

Pero tantas cousas fálannos doutra maneira, e mesmo, podería parecernos, o mundo enteiro. Non consiste o verdadeiro realismo en deixar de esperar en Deus, en saber que non hai máis axuda que o poder e as forzas de que dispoñemos? Non debemos entender a nosa existencia no contexto dos plans, recursos e proxectos deste mundo? E, por tanto, non haberíamos de poñer a nosa confianza en quen os dirixe, nos poderosos?

Nestas formulacións, quen triunfa pode pensar que está xa seguro e tranquilo; aínda que moitos se quedaron polo camiño, esquecidos. Pero, en realidade, é unha forma de vivir na que non hai atención verdadeira pola persoa particular de ninguén, pois a todos xúlgase fundamentalmente pola utilidade. Ningún proxecto ou ideoloxía deste mundo está destinado a servir ao ben das nosas persoas, aínda que podamos ser tidos en conta e usados para alcanzar os fins acordados.

Xérase así una certa incomodidade interior, unha tristeza pola que te vas distanciando da responsabilidade coas cousas e coas persoas, a tendencia á fuxida cara a un mundo propio e privado. Dominan entón facilmente a vaidade, as reaccións inmediatas, o movemento instintivo, a falta de compaixón, a deshonestidade e non o amor á verdade. É o pecado, que pode tomar moitas formas, pero sempre é un murcharse, unha perda do tempo e das posibilidades da vida; e que pode chegar a ser abandono do próximo, mentira, aceptación da morte como último horizonte.

Pola contra, o Señor afirma ata o final o amor polas nosas persoas, mostrando na cruz que toma totalmente en serio a nosa situación, como somos, como o noso poder humano deriva en violencia, arrastra ás persoas, non se detén ante a morte do inocente, despreza ao humilde e ao pobre, porque os propios proxectos son máis importantes.

Na cruz revélase, en cambio, a bondade coa que o Señor Xesús mira a cada un; unha bondade que é o poder máis verdadeiro e ilimitado, que atravesa toda escuridade e todo pecado, capaz de abrazar e recrear ás nosas persoas feridas, ingratas, necesitadas, con toda a radicalidade dun Amor que é eterno e infinito.

Así aprendemos, non só que os nosos pecados poden atopar misericordia; senón que somos abrazados cunha comprensión e un afecto inimaxinables, como o Pai acolleu ao fillo pródigo, como unha nai coida ao fillo nado das súas entrañas, cando está en gran necesidade e perigo.

Recoñecemos o Amor do Señor, verdadeiramente divino, que se nos comunica como un feito da nosa historia. Cristo padeceu realmente, veu ao noso encontro, sendo aínda inxustos e pecadores. El non nos deixa de lado, non estamos sós. E sobre esta relación podemos construír a vida, con esperanza inquebrantable.

Pois se experimentamos que a nosa liberdade, por si mesma, é inconstante e fráxil, estamos seguros agora de que o seu Amor «todo o escusa, todo o cre, todo o espera, todo o soporta»; e de que, resucitado, o seu Amor «non pasa nunca». Sabemos da súa grandeza, da súa constancia máis aló da morte; e dicimos co apóstolo: «quen nos separará do amor de Cristo?».

Contemplando o camiño do Señor Xesús, espértase de novo a nosa fe en Deus, no seu designio bo para nós e para a nosa vida. E crece o agradecemento pola súa xenerosidade inmensa, pola súa entrega por nós, que nos redime do mal e reconforta o noso corazón doído; por que se restaura a relación de Deus connosco, que fortalece a nosa liberdade, faille dar froitos de humanidade verdadeira, e prométenos vida eterna.

Non queremos nin podemos negar xa esta mirada súa sobre nós, que El nos mostrou coa súa vida e coa súa morte. Ao contrario, podemos ser testemuñas desta tenrura e desta forza do amor do Señor ante o noso próximo, os uns para cos outros.

Más aínda, estamos chamados a anunciar a esperanza ao mundo, a dicirlle que non está deixado á súa sorte, que non está gobernado pola lei do máis forte, que a historia non se fai coa violencia e as guerras. Estamos chamados a facer presente no mundo o Amor de Deus que o sostén, que evita que se encerre e se esgote en si mesmo, que lle dá a maior dignidade posible ao permitir que os homes fagamos nesta terra camiños de liberdade e de salvación.

Que o corazón plenamente fiel, inmaculado e libre da Virxe María nos consiga a graza de responder como ela ao Señor, a quen adoramos sacrificado por

nós na cruz; de que a nosa alma e a nosa mente, conmovidas pola manifestación da seu Amor, dean as costas ao pecado e se volvan confiadas á esperanza da salvación, á vida nova, en comunión con Deus e cos irmáns.

Homilía en la celebración de la Vigilia Pascual

Queridos hermanos,

La primera respuesta de los suyos ante el hecho de la resurrección del Señor Jesús es un asombro desconcertado y luego la alegría, el entusiasmo y el compartir gozoso, que será a continuación proclamación del Evangelio.

Esto fue así en los inicios en Jerusalén y sigue siéndolo hoy. Nuestro primer sentimiento es la alegría incontenible por esta victoria, al tomar conciencia de que aquellos que amamos y todos, pequeños y grandes, resucitarán, no quedarán olvidados en la oscuridad, podrán colmarse de vida y de gloria. Y exclamamos, con Job: Yo sé que mi redentor vive, que se ha levantado sobre el polvo, y que yo mismo veré a Dios, mis propios ojos lo verán¹. El corazón se llena de gozo por la certeza de que nada está abandonado, de que no se perderá el rostro tan querido, ni ninguna belleza y ningún bien; que no quedará sin respuesta ningún dolor o lágrima de este mundo. Resucitó de veras «nuestro amor y nuestra esperanza».

Cristo el Señor, crucificado y muerto contra toda justicia, que había despertado la esperanza más creíble que hubo nunca, para ser una vez más sepultada por la violencia y el cinismo del mundo, ha resucitado verdaderamente y resplandece ya como una luz nueva, como vida invencible que ilumina el destino y la vida de los hombres, el universo entero.

1 Cf. Job 19, 25-27

Esto es lo auténticamente decisivo, de lo que depende nuestra fe: Jesucristo ha resucitado de hecho al tercer día. La realidad de este acontecimiento es lo que de verdad importa, la novedad radical que se introduciría en nuestro mundo. Al final, cada uno toma posición, desde su libertad íntima, ante esta Buena Noticia que nos alcanza en la vigilia de Pascua, ante el anuncio de un hecho incomparable, que sólo podría ser obra de Dios todopoderoso y que sólo como tal es posible aceptarlo: Cristo murió en la cruz —está claro— y resucitó al tercer día según las Escrituras —es nuestra fe, en Dios que resucita a los muertos.

Pero como la resurrección anunciada sobrepasa la experiencia que nos es accesible en el mundo, aunque corresponda al anhelo del alma de todos, no tenemos modo de imaginarla, ni podemos deducirla de ningún proceso natural. La tendencia al escepticismo encuentra en ello una base; junto con el temor de que bien tan grande y suerte semejante no sea al final más que un sueño. Y así, en vez de permitir que este acontecimiento cambie los horizontes de la existencia, cabe responder que fue sólo un delirio, un fantasma o un «espíritu», seguramente imaginados; u ofrecer alguna otra explicación que podamos hipotetizar según nuestra cultura.

Pero no. El anuncio es claro y preciso: Aquel que murió en la cruz, el mismo, con toda su humanidad, cuerpo y alma, con los signos visibles de la misión cumplida y del amor vivido, es quien ha resucitado al tercer día. La persona de Jesús, ninguna otra, se levantó glorioso de entre los muertos; sólo Él hizo que el hombre surgiese de lo más hondo del sepulcro, como el primogénito de muchos hermanos.

Por eso, Él mismo será quien pueda ayudar a sus discípulos a creer, quien se les aparece, les recuerda su caminar juntos en Galilea, revive la amistad compartida; quien les explica el cómo y el por qué de lo sucedido en Jerusalén.

Precisamente por ser real, la resurrección de Jesús se revela afectando a la historia vivida. Ninguna persona sería real sin biografía, sin relaciones con Dios y con los hombres, sin una misión y un destino en la vida.

Y así, Jesús, resucitando, lleva a cumplimiento su historia personal, su misión y su obra; y renueva la unidad con los suyos, destinada ya a durar para siem-

pre y que ellos van comprendiendo y releendo en la compañía renovada de su Señor ahora glorioso, a la luz de lo sucedido en la noche de Pascua.

A esta unidad con Él quiere Jesús llamar al mundo entero, invitándolo a compartir su vida y su destino glorioso por medio del bautismo.

Este es el mismo modo en que nosotros podremos ser también testigos de la resurrección. Creceremos en certeza, en fe y en esperanza, comprendiendo y conformando a la luz de la presencia del Resucitado nuestra historia, nuestra inteligencia de la vida, del futuro, de lo que es bueno, digno, valioso, llamado a permanecer.

La verdad de la resurrección resonará así iluminando nuestra existencia, dando consuelo y fortaleza a nuestro corazón; cambiando nuestra mirada sobre el prójimo y sobre nuestros seres queridos, y llenándola de la alegría y el respeto de quien los sabe llamados por Dios a la vida para siempre.

Y haciendo posible que vivamos unidos, como discípulos del Señor, que tienen el gusto y la necesidad de caminar juntos, de poner en común el entendimiento de las cosas de la vida, y los recursos y la compañía para afrontarlas.

De esta manera, nuestro amor fraterno, nuestra unidad como Iglesia, como discípulos del Señor, serán signos en la historia de la esperanza inmensa de la resurrección. También para nosotros es necesaria esta experiencia y este testimonio, para que nos confirmemos cada vez más en la verdad de nuestra fe, en la certeza de que Jesús ha resucitado y es nuestro Salvador.

Y así, mirando a la realidad de nuestra Iglesia concreta, de las parroquias de nuestra tierra, de las generaciones de nuestros padres, como a una gran corriente de humanidad, llena de fe y de esperanza, de caridad y de cuidado mutuo; mirando la grandeza creyente, colma de gracia y de amor verdadero, de los mejores de entre nosotros; y en nombre de nuestra propia fe, de la esperanza de nuestro corazón, que sentimos verdadera en lo más hondo, por gracia de Dios nosotros confesamos hoy de nuevo llenos de alegría: es cierto, Jesús verdaderamente ha resucitado y camina delante de nosotros, hacia la patria verdadera.

Nosotros creemos en Él, y en su Padre y nuestro Padre, que con Amor eterno nos ha dado tal vencedor del mal y de la muerte, tan grande Salvador.

Nuestra fe, que nace definitivamente en la noche de Pascua, no podrá ya nunca dejar de cantar el «Aleluya» que lleva en lo íntimo; de proclamar con toda la creación y en toda circunstancia, hasta que se cumpla plenamente al final de los tiempos: hermanos, Cristo ha resucitado, amémonos unos a otros, y «alegrémonos, gocemos y démosle gracias» a Dios².

Que así sea.

2 Ap 19, 7

Homilía na celebración da Vixilia Pascual

Queridos irmáns,

A primeira resposta dos seus ante o feito da resurrección do Señor Xesús é un asombro desconcertado e logo a alegría, o entusiasmo e o compartir gozoso, que será a continuación proclamación do Evanxeo.

Isto foi así nos inicios en Xerusalén e segue séndoo hoxe. O noso primeiro sentimento é a alegría incontida por esta vitoria, ao tomar conciencia de que aqueles que amamos e todos, pequenos e grandes, resucitarán, non quedarán esquecidos na escuridade, poderán colmarse de vida e de gloria.

E exclamamos, con Xob: Eu sei que o meu redentor vive, que se levantou sobre o po, e que eu mesmo verei a Deus, os meus propios ollos o verano¹. O corazón énchese de gozo pola certeza de que nada está abandonado, de que non se perderá o rostro tan querido, nin ningunha beleza e ningún ben; que non quedará sen resposta ningunha dor ou bágoa deste mundo. Resucitou de verdade «o noso amor e a nosa esperanza».

Cristo o Señor, crucificado e morto contra toda xustiza, que espertara a esperanza máis crible que houbo nunca, para ser unha vez máis sepultada pola violencia e o cinismo do mundo, resucitou verdadeiramente e resplandece xa como unha luz nova, como vida invencible que ilumina o destino e a vida dos homes, o universo enteiro.

1 Cf. Xob 19, 25-27

Isto é o autenticamente decisivo, do que depende a nosa fe: Xesucristo resucitou de feito ao terceiro día. A realidade deste acontecemento é o que de verdade importa, a novidade radical que se introduciría no noso mundo. Ao final, cada un toma posición, desde a súa liberdade íntima, ante esta Boa Noticia que nos alcanza na vixilia de Pascua, ante o anuncio dun feito incomparable, que só podería ser obra Deus todopoderoso e que só como tal é posible aceptalo: Cristo morreu na cruz —está claro— e resucitou ao terceiro día segundo as Escrituras —é a nosa fe, en Deus que resucita aos mortos.

Pero como a resurrección anunciada excede a experiencia que nos é accesible no mundo, aínda que corresponda ao anhelo da alma de todos, non temos modo de imaxinala, nin podemos deducila de ningún proceso natural. A tendencia ao escepticismo atopa niso unha base; xunto co temor de que ben tan grande e sorte semellante non sexa ao final máis que un soño. E así, no canto de permitir que este acontecemento cambie os horizontes da existencia, cabe responder que foi só un delirio, unha pantasma ou un «espírito», seguramente imaxinados; ou ofrecer algunha outra explicación que podamos hipotetizar segundo a nosa cultura.

Pero non. O anuncio é claro e preciso: Aquel que morreu na cruz, o mesmo, con toda a súa humanidade, corpo e alma, cos signos visibles da misión cumprida e do amor vivido, é quen resucitou ao terceiro día. A persoa de Xesús, ningunha outra, levantouse glorioso de entre os mortos; só El fixo que o home xurdise do máis fondo do sepulcro, como o primoxénito de moitos irmáns.

Por iso, El mesmo será quen poida axudar aos seus discípulos para crer, quen se lles aparece, lémbbralles o seu camiñar xuntos en Galilea, revive a amizade compartida; quen lles explica o como e o porqué do sucedido en Xerusalén.

Precisamente por ser real, a resurrección de Xesús revélase afectando á historia vivida. Ningunha persoa sería real sen biografía, sen relacións con Deus e cos homes, sen unha misión e un destino na vida.

E así, Xesús, resucitando, leva a cumprimento a súa historia persoal, a súa misión e a súa obra; e renova a unidade cos seus, destinada xa a durar para sempre e que eles van comprendendo e relendo na compañía renovada do seu Señor agora glorioso, á luz do sucedido na noite de Pascua.

A esta unidade con El quere Xesús chamar ao mundo enteiro, convidándoo a compartir a súa vida e o seu destino glorioso por medio do bautismo.

Este é o mesmo modo en que nós poderemos ser tamén testemuñas da resurrección. Creceremos en certeza, en fe e en esperanza, comprendendo e conformando á luz da presenza do Resucitado a nosa historia, a nosa intelixencia da vida, do futuro, do que é bo, digno, valioso, chamado a permanecer.

A verdade da resurrección resoará así iluminando a nosa existencia, dando consolo e fortaleza ao noso corazón; cambiando a nosa mirada sobre o próximo e sobre os nosos seres queridos, e enchéndoa da alegría e o respecto de quen os sabe chamados por Deus á vida para sempre.

E facendo posible que vivamos unidos, como discípulos do Señor, que teñen o gusto e a necesidade de camiñar xuntos, de poñer en común o entendemento das cousas da vida, e os recursos e a compañía para afrontalas.

Desta maneira, o noso amor fraterno, a nosa unidade como Igrexa, como discípulos do Señor, serán signos na historia da esperanza inmensa da resurrección. Tamén para nós é necesaria esta experiencia e este testemuño, para que nos confirmemos cada vez máis na verdade da nosa fe, na certeza de que Xesús resucitou e é o noso Salvador.

E así, mirando á realidade da nosa Igrexa concreta, das parroquias da nosa terra, das xeracións dos nosos país, como a unha gran corrente de humanidade, chea de fe e de esperanza, de caridade e de coidado mutuo; mirando a grandeza crente, colma de graza e de amor verdadeiro, dos mellores de entre nós; e en nome de nosa propia fe, da esperanza do noso corazón, que sentimos verdadeira no máis fondo, por graza de Deus nós confesamos hoxe de novo cheos de alegría: é certo, Xesús verdadeiramente resucitou e camiña diante de nós, cara á patria verdadeira.

Nós cremos Nel, e no seu Pai e no noso Pai, que con Amor eterno deunos tal vencedor do mal e da morte, tan grande Salvador.

A nosa fe, que nace definitivamente na noite de Pascua, non poderá xa nunca deixar de cantar o «Aleluia» que leva no íntimo; de proclamar con toda a

creación e en toda circunstancia, ata que se cumpra plenamente ao final dos tempos: irmáns, Cristo resucitou, amémonos uns a outros, e «alegrémonos, gocemos e démoslle grazas» a Deus².

Que así sexa.

2 Ap 19, 7.

Homilía en la Misa de Pascua

Queridos hermanos,

Hoy es el día santísimo de la Pascua, en que florece la alegría. Porque hoy se realiza, se desvela ante nuestros ojos y celebramos la verdad del destino de la creación, el bien y la gloria a la que Dios la llama, y que es el esplendor sin fin de la vida resucitada.

Jesús se levanta al tercer día de lo hondo del abismo. El sepulcro ya no puede retener al vencedor de todo mal, que lleva a cumplimiento la misión recibida del Padre, la redención y la salvación del mundo.

Él es testigo de la verdad, y será juez de vivos y muertos. El amor, con el que quiso morir por nosotros, expresión humana del corazón de Dios, será criterio definitivo. En presencia del Señor no habrá ninguna otra ley, no habrá fuerza mayor ni sabiduría o argumentos más convincentes: participando de este amor, todo se puede esperar; sin él, nada.

Pero este amor, en el que Jesús resucita, es nuestra victoria y la de nuestro mundo. En él resuena la afirmación divina hecha el día de la creación —vio Dios que era bueno— y repetida ahora al culminar el drama de la historia.

Nuestra existencia personal, la del mundo, es buena. No está bajo el poder del mal y de la muerte. No puede ser juzgada como radicalmente negativa, como si vivir y ser felices sólo se alcanzase olvidando esta tierra y dejando atrás sus estrecheces; y no, como Dios quiere, iluminándola desde un corazón y una conciencia fiel, que se expresa en el cuidado de las cosas y las personas, y en el amor personal y el sacrificio, hecho muchas veces en la fatiga y las

limitaciones, en las formas de nuestra pobreza, que permiten resplandecer al amor de modo si cabe más elocuente.

No podemos arruinar la creación, la naturaleza, la historia, con nuestro egoísmo, con explotación, abusos y guerras. Ante la luz de la resurrección sabemos que nuestro verdadero destino es cuidarlas, darles su forma buena, como solo puede hacer la humanidad de nuestro corazón y de nuestra mente, cuando está alentada por las certezas de la fe y del amor, por la confianza en Dios, apoyo firme y bien definitivo.

Pero eso implica la inteligencia y el rechazo del mal, de lo que realmente daña vida y naturaleza, del pecado. Y este rechazo nos afecta, pasa a través de nuestra propia conciencia, como un juicio, que podemos acoger porque viene precedido por el consuelo, el perdón y la misericordia.

La resurrección es la victoria de la humanidad, porque es la afirmación definitiva de su vida, por el camino de la reconciliación y de la paz. La primera palabra de Jesús a María Magdalena fue hablarle al corazón llamándola por su nombre; y la primera dicha a los Once en el Cenáculo fue: paz a vosotros, llevad el perdón —la victoria sobre el mal— a todas las gentes.

La victoria del Resucitado se demuestra venciendo la incredulidad de los suyos, llenándolos de un Espíritu nuevo, y enviándolos como sal y luz del mundo; y no en el abandono de esta tierra, de una humanidad que sería demasiado ingrata y pecadora. La victoria de Dios es traer aquí la salvación, mostrar que, a pesar de nuestra pequeñez y pecado, la potencia y la gracia de Dios hace maravillas en nosotros: llena de sentido y de valor la vida, de frutos de bien, de justicia y de verdad; colma los corazones con la compañía del Señor y de los hermanos, de la Iglesia entera, y con la esperanza firme de un destino de vida definitiva, de amor y de hogar.

Porque Cristo ha resucitado, no rechazamos ya la vida, ni tememos la muerte. Apreciamos la tierra y el trabajo, la solidaridad y el amor; el consuelo de los amigos, la alegría que el Señor nos pone en el corazón. Caminamos juntos, sostenidos y guiados por la presencia del Resucitado, que no ha desmentido su benevolencia, su sabiduría, su amor, por nosotros; sino que los ha confirmado definitivamente, como la realidad que nunca pasará, que, al contrario, manifestará su verdad poco a poco ante nuestros ojos.

Ya ahora se hace presente en nuestra vida la alegría de la resurrección: la luz de la fe, la certeza de la esperanza, la energía de la caridad. Ya ahora somos reunidos de nuevo y cuidados por el Señor, que nos acompaña en nuestra historia, que no pudo ser desterrado de la tierra por ninguna violencia, y ni siquiera por la muerte.

Que Él nos conceda ser testigos de su resurrección, con la sencillez de nuestra palabra, con la realidad del amor fraterno, con nuestra unidad vivida como miembros de su Iglesia, con la libertad humilde y verdadera que nos da como discípulos suyos.

Y que así, como nos ha indicado el papa Francisco, podamos ser verdaderos «peregrinos de esperanza», testigos de la vida imperecedera en medio de nuestro mundo.

Homilía en la Misa de Pascua

Queridos irmáns,

Hoxe é o día santísimo da Pascua, en que florece a alegría. Porque hoxe realízase, desvélese ante os nosos ollos e celebramos a verdade do destino da creación, o ben e a gloria á que Deus a chama, e que é o esplendor sen fin da vida resucitada.

Xesús levántase ao terceiro día do fondo do abismo. O sepulcro xa non pode reter ao vencedor de todo mal, que leva a cumprimento a misión recibida do Pai, a redención e a salvación do mundo.

El é testemuña da verdade, e será xuíz de vivos e mortos. O amor, co que quixo morrer por nós, expresión humana do corazón de Deus, será criterio definitivo. En presenza do Señor non haberá ningunha outra lei, non haberá forza maior nin sabedoría ou argumentos máis convincentes: participando deste amor, todo se pode esperar; sen el, nada.

Pero este amor, no que Xesús resucita, é a nosa vitoria e a do noso mundo. Nel resoa a afirmación divina feita o día da creación —vii Deus que era bo— e repetida agora ao culminar o drama da historia.

A nosa existencia persoal, a do mundo, é boa. Non está baixo o poder do mal e da morte. Non pode ser xulgada como radicalmente negativa, coma se vivir e ser felices só se alcanzase esquecendo esta terra e deixando atrás as súas estreitez; e non, como Deus quere, iluminándoa desde un corazón e unha conciencia fiel, que se expresa no coidado das cousas e as persoas, e no amor persoal e o sacrificio, feito moitas veces na fatiga e as limitacións,

nas formas da nosa pobreza, que permiten resplandecer ao amor de modo se cabe máis elocuente.

Non podemos arruinar a creación, a natureza, a historia, co noso egoísmo, con explotación, abusos e guerras. Ante a luz da resurrección sabemos que o noso verdadeiro destino é coidalas, darlles a súa forma boa, como só pode facer a humanidade do noso corazón e da nosa mente, cando está alentada polas certezas da fe e do amor, pola confianza en Deus, apoio firme e ben definitivo.

Pero iso implica a intelixencia e o rexeitamento do mal, do que realmente dana vida e natureza, do pecado. E este rexeitamento aféctanos, pasa a través de nosa propia conciencia, como un xuízo, que podemos acoller porque vén precedido polo consolo, o perdón e a misericordia.

A resurrección é a vitoria da humanidade, porque é a afirmación definitiva da súa vida, polo camiño da reconciliación e da paz. A primeira palabra de Xesús a María Magdalena foi falarlle ao corazón chamándoa polo seu nome; e a primeira dita aos Once no Cenáculo foi: paz a vós, levade o perdón —a vitoria sobre o mal— a todas as xentes.

A vitoria do Resucitado demóstrase vencendo a incredulidade dos seus, enchéndoos dun Espírito novo, e enviándoos como sal e luz do mundo; e non no abandono desta terra, dunha humanidade que sería demasiado ingrata e pecadora. A vitoria de Deus é traer aquí a salvación, mostrar que, a pesar de nosa pequenez e pecado, a potencia e a graza de Deus fai maravillas en nós: enche de sentido e de valor a vida, de froitos de ben, de xustiza e de verdade; colma os corazóns coa compañía do Señor e dos irmáns, da Igrexa enteira, e coa esperanza firme dun destino de vida definitiva, de amor e de fogar.

Porque Cristo resucitou, non rexeitamos xa a vida, nin tememos a morte. Apreciamos a terra e o traballo, a solidariedade e o amor; o consolo dos amigos, a alegría que o Señor nos pon no corazón. Camiñamos xuntos, sostidos e guiados pola presenza do Resucitado, que non desmentiu a súa benevolencia, a súa sabedoría, o seu amor, por nós; senón que os confirmou definitivamente, como a realidade que nunca pasará, que, ao contrario, manifestará a súa verdade pouco a pouco ante os nosos ollos.

Xa agora faise presente na nosa vida a alegría da resurrección: a luz da fe, a certeza da esperanza, a enerxía da caridade. Xa agora somos reunidos de novo

e coidados polo Señor, que nos acompaña na nosa historia, que non puido ser desterrado da terra por ningunha violencia, e nin sequera pola morte.

Que El nos conceda ser testemuñas da súa resurrección, coa sinxeleza da nosa palabra, coa realidade do amor fraterno, coa nosa unidade vivida como membros do súa Igrexa, coa liberdade humilde e verdadeira que nos dá como discípulos seus.

E que así, como nos indicou o papa Francisco, podamos ser verdadeiros «peregrinos de esperanza», testemuñas da vida imperecedeira no medio do noso mundo.

Decretos



Prot. n.º: 020/2025

Nos, Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco,

por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Lugo

En atención a la solicitud presentada por devotos de *La Virgen de los Remedios* de la zona de Quiroga, en el arciprestazgo de Monforte, a través del Rvdo. D. Jesús Río Ramilo, una vez revisados los Estatutos preceptivos y los fines propuestos por la asociación conforme al can. 301, considerando que la erección de esta Cofradía es un bien para la Iglesia y para la *salus animarum* de los propios cofrades, por el presente Decreto,

PRIMERO: Erigo la Cofradía "*Virgen de los Remedios*", como Asociación Pública de Fieles con personalidad jurídica pública, en nuestra Diócesis de Lugo.

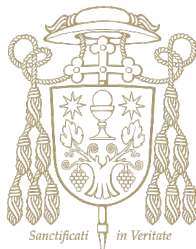
SEGUNDO: Apruebo los Estatutos fundacionales por los cuales deberá regirse, en doble ejemplar auténtico.

Consérvese un ejemplar de todos los instrumentos jurídicos mencionados, así como también del presente Decreto en nuestra Curia y otro en el Archivo de la Cofradía.

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 04 de febrero de 2025.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Por mandato de S.E. Rvdma.
José Manuel Penela Campos
Canciller-Secretario



Prot. n.º: 026/2025

Nos, Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Lugo

En atención a la solicitud presentada por fieles de la zona de Melide, en el arciprestazgo de Abeancos-A Ulloa, a través del Rvdo. D. José Manuel Melle Parajuá, una vez revisados los Estatutos preceptivos y los fines propuestos por la asociación conforme al can. 301, considerando que la erección de esta asociación es un bien para la Iglesia y para la *salus animarum* de los propios miembros, por el presente Decreto,

PRIMERO: Erigo la "*Asociación cultural e relixiosa dos/as cofrades do Xesús cautivo e o perdón*", como Asociación Pública de Fieles con personalidad jurídica pública, en nuestra Diócesis de Lugo.

SEGUNDO: Apruebo los Estatutos fundacionales por los cuales deberá regirse, en doble ejemplar auténtico.

Consérvese un ejemplar de todos los instrumentos jurídicos mencionados, así como también del presente Decreto, en nuestra curia y otro en el archivo de la asociación.

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 07 de febrero de 2025.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Por mandato de S.E. Rvdma.
José Manuel Penela Campos
Canciller-Secretario

CURIA DIOCESANA



Cancillería

Nombramientos

- 19/01/2025 Abraham Sánchez Pujante
Administrador parroquial de Santa Baia de Lamas y Sta. María Magdalena de Montedemeda
- 19/01/2025 Ramón Álvarez Varela
Administrador parroquial de San Miguel de Constante
- 27/01/2025 Rubén Ponce Díaz
Administrador parroquial de Santa María de Cela y Santa María Madanela de Matela
- 27/01/2025 Amador Sebastián Marugán Patiño
Administrador parroquial de Santa María de Cortegada
- 27/01/2025 José Katanga
Administrador parroquial de Santo Tomé de Parada
- 28/01/2025 Rubén Ponce Díaz
Defensor del Vínculo y Promotor de Justicia
- 11/02/2025 José Río Ramilo
Administrador parroquial de Santiago de Doncos y San Xoán de Noceda
- 02/03/2025 Óscar González Murado
Administrador parroquial de Santalla de O Alto

- 02/03/2025 Jorge Vázquez Freire
Administrador parroquial de San Vicenzo de Carracedo, Santa María de Lama, San Pedro de Láncara, San Salvador de Toirán, Santa María de Toubille, San Xoán de Trasliste y Santa María de Vilaleo
- 25/03/2025 José Antonio Salgado Agromartín
Capellán de la Residencia de Mayores «Nosa Señora das Dores de Lalín»
- 27/04/2025 Manuel Areán Fernández
Administrador parroquial de San Salvador de Búbal, Santa Baia de Búbal, San Romao de Campos, Santa María de Carballedo, San Estevo de Chouzán, San Xoán de A Cova, Santa María de Marzás, San Miguel de Oleiros, Santa María de Temes y Santa María de Vilaquinte
- 27/04/2025 Manuel Areán Fernández
Párroco de Santa Mariña de Chantada
- 27/04/2025 Jean de Dieu Kimenyi Nkaya
Vicario parroquial de Santa Mariña de Chantada y unidas

Defunciones

- 19/01/2025 D. José Jenaro Vázquez García
Jubilado
- 01/02/2025 D. Félix Rielo González
Sacerdote de Doncos y Noceda
- 23/02/2025 D. David Gil Mato
Sacerdote de Láncara y unidas
- 17/04/2025 D. Victoriano Areñas Azcárraga
Jubilado

Necrológicas

Rvdo. D. José Jenaro Vázquez García

El Rvdo. D. José Jenaro Vázquez García nació en la parroquia de San Mamede de Lamas de Trabancas (A Golada) el día 16 de octubre de 1932.

Después de realizar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano, fue ordenado sacerdote por el Dr. D. Antonio Ona de Echave el día 22 de marzo de 1958, siendo éste Obispo Auxiliar de Lugo. Ese mismo año fue nombrado ecónomo de San Cosme de Nullán (As Nogais).

En 1960 se le nombra Ecónomo de Santa María de Arada y en 1978 también se le encarga de la parroquia de San Miguel de Penas (Monterroso).

En 1985 es nombrado también Administrador Parroquial de Santa María de Salgueiros, unida a San Cristóbal de Novelúa (Monterroso).

Hasta el mes de mayo de 2019 ejerció también de Capellán en el Centro Penitenciario de Monterroso donde era querido y admirado por su entrega pastoral y cotidiana a los internos y a los funcionarios de prisiones. Desde esta fecha, por razones de edad y salud ejerció como adscrito a la Parroquia de San Miguel de Esporiz (Monterroso).

Pasaba algunas temporadas de retiro en el Santuario de Fátima y como miembro de la Hospitalidad de Lourdes, todos los años colaboraba activamente y acompañaba a los enfermos de la zona en las peregrinaciones diocesanas al santuario francés organizadas por la Hospitalidad.

Aficionado a los viajes, recientemente todavía se desplazó a Turquía con la peregrinación organizada por la Delegación de Peregrinaciones de la Diócesis.

Participaba siempre en los encuentros sacerdotales, retiros, formación permanente, etc. y recientemente todavía se hizo presente en la reunión de inauguración del inicio del Año Litúrgico en el Santuario de A Nosa Señora de O Corpiño.

Conversador, piadoso y servicial, fue muy querido y apreciado por los fieles y feligreses de sus parroquias.

Falleció en la paz de Dios el día 19 de enero de 2025. Descanse en paz.

Nota: La misa de funeral se celebra el lunes día 20 de enero, a las 16.30 en la Iglesia Parroquial de San Miguel de Esporiz, Monterroso, presidida por el Excmo. y Rvdmo. D. Alfonso Carrasco Rouco.

Rvdo. D. Félix Rielo González

D. Félix Rielo González, nació en la parroquia de Santa María de Cirio, el 16 de junio de 1935 en una familia cristiana donde regalaron a la Iglesia otros tres hermanos sacerdotes: Isaac, Nicanor y Ramón. Todos ellos se dedicaron al estudio, a la historia y a la investigación.

D. Félix, después de realizar los estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo, fue ordenado sacerdote por el Dr. D. Antonio Ona de Echave, el 29 de junio de 1960.

Ese mismo año fue nombrado encargado de la parroquia de San Xoán de Noceda (As Nogais), y dos años más tarde también fue nombrado ecónomo de esta misma parroquia.

En el año 1972, asume en nombramiento de encargado de San Xoán de Viladicente, y al año siguiente también el de la parroquia de Santiago de Doncos.

Fue arcipreste de Ferreiros de Balboa en el 1974. En 1981, vocal del Consejo Diocesano de Administración (Idem: 1986). En 1989, fue nombrado Administrador Parroquial de Santa María A Real de O Cebreiro; y en 1990, asesor Religioso del Colegio Público de EGB de Pedrafita de O Cebreiro. Sus restos mortales recibieron cristiana sepultura en su parroquia natal de Pol, junto a sus hermanos y familia, y en la Parroquia de Santiago de Doncos, se celebró el funeral por su eterno descanso.

Trabajador y entusiasta, colaboró en la administración diocesana en los asuntos relativos a los bienes inmuebles. Muy querido por los feligreses,

afirmaba que había tenido suerte poder relacionarse siempre con gente *«sincera, amable y encantadora»*. En el Cebreiro cuidó del santuario pero sobre todo de los peregrinos a quienes acogía siempre con cariño. Descanse en paz.

Rvdo. D. David Gil Mato

El Rvdo. D. David Gil Mato nació en la Parroquia de Santa María de Soutolongo (Lalín), el 23 de febrero de 1945. Después de realizar los Estudios Eclesiásticos, fue ordenado sacerdote por el Dr. D. Antonio Ona de Echave, el día 29 de junio de 1968. Era licenciado en Sagrada Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca.

En 1969 fue nombrado Ecónomo de San Xoán de Seoane y Caurel, y, al año siguiente, encargado de Santa María de Meiraos. Fue Arcipreste de Caurel.

En el año 1972 fue miembro del Órgano Colectivo del Consejo Presbiteral Diocesano (Seminario-Diócesis); en 1973, miembro del III Consejo Presbiteral Diocesano, y el 1975, miembro de la Comisión para la constitución de la caja de Compensación Diocesana. Fue asesor religioso del Centro de EGB de Seoane de Caurel.

En 1993 comienza una nueva etapa pastoral en la comarca de Monforte de Lemos. Fue nombrado párroco de Santa María de A Régoa de Monforte y San Xoán de Chavaga y, en octubre de ese año, elegido Arcipreste de Monforte. En el año 2000, se traslada a Lugo y es nombrado Administrador Parroquial de San Vicenzo de Carracedo, Santa María de Lama, Láncara y Santa María de Toubille; en el 2009, también Administrador Parroquial de Santalla de O Alto. Ese año lo nombraron director del Instituto Teológico Lucense, cargo que ejerció hasta el 16 de julio de 2014 así como profesor de distintas materias de Teología en el Instituto y en la Formación Permanente del Clero.

Fue Vicearcipreste de Sarria en el 2010. Y párroco de San Pedro de Láncara, en el 2014, además de administrador parroquial de San Salvador de Toirán, San Xoán de Traslite y Santa María de Vilaleo.

De gran ilustre formación intelectual, devoto de la Eucaristía, organizó en la Diócesis una hermosa exposición de custodias de las distintas comarcas diocesanas, colaboró en los retiros espirituales y contribuyó al acompañamiento y a la convivencia con los sacerdotes de la Casa Sacerdotal. Después de una grave enfermedad que sobrellevó con gran paciencia cristiana, falleció el día 24 de febrero de 2025. Descanse en paz

Nota: La Misa de funeral se celebró el miércoles, 26 de febrero, a las 12 h en la iglesia parroquial de Santa María de Soutolongo, y fue presidida por el obispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco

Rvdo. D. Victoriano Areñas Azcárraga

El Rvdo. D. Victoriano Areñas Azcárraga nació en la ciudad de Lugo, parroquia de San Pedro, el día 2 de marzo de 1936 en el seno de una familia de nuevo hermanos muy conocida y querida en Lugo tanto por la parte materna del apellido Azcárraga como de la paterna de los Areñas. Después de cursar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo fue ordenado presbítero el 19 de agosto de 1962 por el Dr. D. Antonio Ona de Echave.

Al finalizar los Estudios Eclesiásticos entre los años 1962 y 1965 amplió estudios para obtener la Licencia en Sagrada Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca y las Diplomaturas de Lengua Francesa y Liturgia en el Instituto Católico de París, previa autorización de su Obispo con fecha del 8 de octubre de 1962.

En el año 1965 es nombrado profesor en el Seminario Diocesano, Vocal de la Comisión Diocesana de Liturgia y Capellán del Colegio la Milagrosa de Lugo. En el año 1968 se le nombra también Asesor Religioso de la Asociación Provincial de padres de adolescentes con capacidades diferentes. Desde el año 1969 después de su jubilación como profesor es nombrado Administrador Parroquial de San Pedro de Farnadeiros y de San Miguel de Lapío.

Por razones de salud, en febrero de 2017 se jubila y reside en la Residencia Sacerdotal con sus compañeros. Como todos sus hermanos era querido y conocido por sus feligreses y ciudadanos de Lugo.

Devoto de la Eucaristía y de la Santísima Virgen, fue un sacerdote muy cumplidor, servicial, afable y de fácil conversación.

El día 16 de abril de 2025 a los 89 años de edad, fallecía en la paz de Dios.

Nota: La conducción tuvo lugar el día 18, Viernes Santo, a las 12:15 horas desde Velatorios Lucenses al cementerio San Froilán donde fue inhumado en el panteón familiar. El lunes, 21 de abril, a las 18 horas, el Obispo de la Diócesis, Dr. Alfonso Carrasco, presidió la misa de funeral en la Iglesia del Monasterio de las Madres Agustinas Recoletas de la ciudad.



Santa Sede

Santo Padre Francisco

- Decreto del Dicasterio para el Clero sobre la disciplina de las intenciones de la Santa Misa
- Comunicación del fallecimiento del Santo Padre Francisco
- Testamento espiritual del Santo Padre Francisco

SANTO PADRE FRANCISCO



Decreto del Dicasterio para el Clero sobre la disciplina de las intenciones de la Santa Misa

«**Secundum probatum** *Ecclesiae morem, sacerdoti cuilibet Missam celebranti aut concelebranti licei stipem oblatam recipere, ut iuxta certam intentionem Missam applicet*» - «Segundo l'uso approvato della Chiesa, è lecito ad ogni sacerdote che celebra la Messa, ricevere l'offerta data affinché applichi la Messa secondo una determinata intenzione» (can. 945 § 1 CIC).

«L'Eucaristia, sebbene costituisca la pienezza della vita sacramentale, non è un premio per i perfetti ma un generoso rimedio e un alimento per i deboli. Queste convinzioni hanno anche conseguenze pastorali che siamo chiamati a considerare con prudenza e audacia. Di frequente ci comportiamo come controllori della grazia e non come facilitatori. Ma la Chiesa non è una dogana, è la casa paterna dove c'è posto per ciascuno con la sua vita faticosa» [1].

Coscienti di questa grazia, i fedeli per mezzo dell'offerta vogliono unirsi più strettamente al Sacrificio Eucaristico aggiungendovi un sacrificio proprio e collaborando alle necessità della Chiesa e, in particolare, contribuendo al mantenimento dei suoi sacri ministri.

In questo modo i fedeli si uniscono più intimamente a Cristo che offre sé stesso e sono, in un certo senso, ancor più profondamente inseriti nella comunione con Lui. Quest'uso non solo è approvato dalla Chiesa, ma da essa è anche promosso [2].

L'apostolo Paolo scrive che quanti servono l'altare hanno anche diritto di vivere dell'altare (Cfr I Cor 9, 13-14; I Tim 5, 18; Lc 10, 7). Le norme raccolte nei primi secoli informano circa doni offerti volontariamente nella celebrazione dell'Eucaristia. Di essi una parte era destinata ai poveri, una parte alla *mensa episcopalis* e a coloro ai quali il Vescovo offriva ospitalità, una parte al culto e una parte ai chierici celebranti o assistenti, secondo un criterio di distribuzione prestabilito [3].

Quanti facevano offerte erano, in tal modo, coinvolti in maniera speciale nel Sacrificio Eucaristico. I doni offerti durante l'Eucaristia, e successivamente anche al di fuori, erano considerati come una ricompensa a un benefattore, come un dono in occasione del servizio (*occasione servitii*) compiuto dal sacerdote, come un'elemosina e mai come "prezzo di vendita" per qualcosa di santo; ciò infatti diventerebbe un atto simoniaco.

In questo tempo la Messa veniva già celebrata, su richiesta dei fedeli, per una determinata intenzione, anche se non accompagnata da un dono. Successivamente si sviluppò l'uso di offrire un'elemosina per la celebrazione di una Messa e di dare doni al sacerdote o alla Chiesa. Proprio questa pratica costituisce il precedente dell'offerta per la celebrazione della Messa. A partire dalla fine del decimo secolo, per chiedere la celebrazione della Messa per una determinata intenzione, venivano offerti doni commemorativi. In questo stesso periodo sorgono le fondazioni di Messe, ovvero l'obbligo di celebrare Messe per intenzioni prefissate. Nacque così l'uso di elargire un'offerta in occasione della Messa, usanza che la Chiesa, non solo approva, ma raccomanda e promuove.

La consuetudine secolare e la disciplina della Chiesa insiste perché a ciascuna singola offerta corrisponda la distinta applicazione, da parte del sacerdote, di una Messa da lui celebrata. La dottrina cattolica, inoltre, manifestata anche dal *sensus fidelium*, insegna il beneficio spirituale e l'utilità, nell'economia della grazia, per le persone e i fini per i quali il sacerdote applica le Messe che celebra, nonché, in questa stessa prospettiva, il valore dell'applicazione reiterata per le stesse persone o finalità.

Quanto poi all'applicazione in rapporto alla quale è stata ricevuta, nel senso suesposto, un'offerta, è stato più volte espresso il divieto di applicare una sola Messa per più intenzioni, per le quali sono state accettate rispettivamente più offerte.

Tale prassi, come anche la mancata applicazione di una Messa in rapporto all'offerta accettata, sono state giudicate contrarie alla giustizia, come viene ripetutamente espresso nei documenti ecclesiastici [4].

Non meno illecita sarebbe la sostituzione dell'applicazione promessa nella Messa con la sola "intenzione di preghiera" nel corso di una celebrazione della Parola o con una semplice menzione in alcuni momenti della celebrazione eucaristica.

La disciplina della Chiesa in materia, anche astraendo da discorsi di natura prettamente teologica, s'ispira palesemente a due ordini di considerazioni: la giustizia verso gli offerenti, e cioè il mantenimento della parola data agli offerenti, e il dovere di evitare che ci sia anche solo la mera apparenza di "commercio" di cose sacre (Cfr cann. 947; 945 § 2 CIC).

In tempi più recenti sono, tuttavia, emerse situazioni e richieste, che hanno suggerito di adattare alcuni particolari della disciplina, creando un'eccezione alla legge universale, proprio per salvaguardare tutto quanto risulta essenziale.

Tra queste troviamo la carenza di clero in grado di soddisfare le richieste di Messe, il dovere di non «frustrare la pia volontà degli offerenti, distogliendoli dal buon proposito» [5], insieme alla constatazione che l'uso delle Messe, cosiddette "collettive", «qualora si allargasse eccessivamente [...] deve essere ritenuto un abuso e potrebbe ingenerare progressivamente nei fedeli la desuetudine di offrire l'obolo per la celebrazione di Messe secondo intenzioni singole, estinguendo un'antichissima consuetudine salutare per le singole anime e per tutta la Chiesa» [6], costituiscono solo alcune delle ragioni per le innovazioni.

Era su questo sfondo che, il 22 febbraio 1991, l'allora Congregazione per il Clero emanò il Decreto *Mos iugiter* [7].

Il Decreto, ribadendo i capisaldi dottrinali e le norme fondamentali della disciplina, già accolta dal *Codex Iuris Canonici*, prevede che, a determinate condizioni, e solo in tali casi, il sacerdote possa comunque applicare una sola Messa per più intenzioni, in rapporto alle quali ha ricevuto offerte distinte.

Le condizioni formulate intendevano, per l'appunto, da una parte, assicurare la giustizia, e cioè il mantenimento della parola data agli offerenti, e dall'altra allontanare il pericolo, o anche solo la parvenza, di "commercio" di cose sacre.

È proprio la volontà di esclusione di tale pericolo che consentiva di adottare simili modifiche disciplinari. Concretamente, in questa prospettiva, il Decreto stabilisce soprattutto che, solo nel caso in cui i donatori dell'offerta siano stati opportunamente informati e abbiano espresso il proprio accordo [esplicito consenso], si possano raccogliere più offerte per un'unica celebrazione della Messa, e che tale celebrazione non sia quotidiana, onde evitare di ingenerare una prassi comune e al fine di mantenere il carattere dell'eccezionalità.

Trascorsi oltre trentaquattro anni dall'entrata in vigore del Decreto *Mos iugiter*, in base all'esperienza da allora accumulata, in risposta alle osservazioni, ai quesiti e alle sollecitazioni pervenute da diverse parti del mondo, dai Vescovi, ma anche da membri del clero, da fedeli laici e dalle persone e comunità di vita consacrata, questo Dicastero, avendo considerato in profondità tutti gli aspetti della materia, e dopo ampia consultazione con gli altri Dicasteri interessati, *sive ratione materiae sive alia ratione*, ha maturato il giudizio che occorrono ora nuove norme che disciplinino la materia, adeguandola conformemente.

In considerazione dell'opportunità di aggiornare la normativa e, nello stesso tempo, di renderla anche più esplicita nell'esclusione di talune prassi che, abusivamente, si sono verificate in vari luoghi, questo Dicastero ha disposto di emanare, e ora emana, le norme che seguono, a integrazione della disciplina attualmente vigente in materia:

Art. 1 § 1 Rimanendo fermo il can. 945 CIC, se il concilio provinciale o la riunione dei Vescovi della provincia, tenendo conto di condizioni quali, per esempio, il numero dei sacerdoti rispetto alle richieste di intenzioni o il contesto sociale ed ecclesiale, nei limiti della propria giurisdizione lo dispone per decreto, i sacerdoti possono accettare più offerte da offerenti distinti, cumulandole con altre e soddisfacendovi con una sola Messa, celebrata secondo un'unica intenzione "collettiva", qualora - e soltanto qualora - tutti gli offerenti ne siano stati informati e liberamente abbiano acconsentito.

§ 2 Tale volontà degli offerenti non può mai essere presunta; anzi, in assenza di un consenso esplicito, si presume sempre che non sia stata data.

§ 3 Nel caso di cui al § 1, al celebrante è lecito tenere per sé l'offerta di una sola intenzione (Cfr cann. 950-952 CIC).

§ 4 Ogni comunità cristiana sia attenta a offrire la possibilità di celebrare Messe giornalieri di intenzione singola, per le quali il concilio provinciale o la riunione dei Vescovi della provincia fissano lo stipendio stabilito (Cfr can. 952 CIC).

Art. 2 Fatto salvo il can. 905 CIC, qualora il sacerdote celebri legittimamente l'Eucaristia più volte nello stesso giorno, se necessario e richiesto dal vero bene dei fedeli, può celebrare differenti Messe anche secondo intenzioni "collettive", restando fermo che gli è lecito trattenere, quotidianamente, una sola offerta per una sola intenzione tra quelle accettate (Cfr cann. 950-952 CIC).

Art. 3 § 1 Occorre soprattutto tenere presente le disposizioni del can. 848 CIC il quale stabilisce che il ministro, oltre alle offerte determinate dalla competente autorità, per l'amministrazione dei sacramenti non domandi nulla, evitando sempre che i più bisognosi siano privati dell'aiuto dei sacramenti a motivo della povertà. Si osservi inoltre quanto vivamente raccomandato dal can. 945 § 2 CIC, vale a dire «di celebrare la Messa per le intenzioni dei fedeli, soprattutto dei più poveri, anche senza ricevere alcuna offerta».

§ 2 Per la destinazione delle offerte si applichi, *congrua congruis referendo*, la norma del can. 951 CIC.

§ 3 In considerazione delle circostanze specifiche della Chiesa particolare, e del suo clero, il Vescovo diocesano può, per legge particolare, disporre la destinazione di tali offerte alle parrocchie in stato di necessità della propria o di altre diocesi, specialmente nei paesi di missione.

Art. 4 § 1 Spetta agli Ordinari erudire il rispettivo clero e popolo circa il contenuto e significato di queste norme, e vigilare sulla loro corretta applicazione, curando che si annotino accuratamente sull'apposito registro il numero delle messe da celebrare, le intenzioni, le offerte e l'avvenuta celebrazione nonché prendendo ogni anno visione di tali registri, personalmente o tramite altri (Cfr can. 958 CIC).

§ 2 In modo particolare, sia gli Ordinari che gli altri Pastori della Chiesa debbono assicurare che sia a tutti eminentemente chiara la distinzione tra l'applicazione per un'intenzione determinata della Messa, (ancorché "collettiva") e il semplice ricordo nel corso di una celebrazione della Parola o in alcuni momenti della celebrazione eucaristica.

§ 3 Sia specialmente reso noto a tutti che la sollecitazione o anche solo l'accettazione di offerte in relazione alle due ultime fattispecie è gravemente illecita; laddove simile uso sia indebitamente diffuso, gli Ordinari competenti non escludano il ricorso a misure disciplinari e/o penali per debellare tale deprecabile fenomeno.

Art. 5 In vista dei valori anche soprannaturali connessi con la veneranda lodevole prassi di ricevere l'offerta elargita affinché applichi una Messa secondo una determinata intenzione (Cfr can. 948 CIC), per favorire altresì l'apprezzabile usanza di trasferire nei paesi di missione le intenzioni di Messe in esubero con le corrispondenti offerte, curino i Pastori di anime di incoraggiare opportunamente i fedeli a mantenerla, e laddove fosse indebolita, a rinvigorirla e promuoverla, anche attraverso l'opportuna catechesi sui novissimi e sulla *communio sanctorum*.

Art. 6 Laddove il concilio provinciale o la riunione dei Vescovi della provincia nulla dispongano in materia rimane in vigore quanto previsto dal Decreto *Mos iugiter* del 22 febbraio 1991.

Il Dicastero per il Clero, trascorsi dieci anni dall'entrata in vigore delle presenti norme, promuoverà uno studio della prassi nonché della normativa vigente in materia, in vista di una verifica della sua applicazione e di un eventuale aggiornamento.

Il Sommo Pontefice, in data 13 aprile 2025, Domenica delle Palme, ha approvato in forma specifica il presente decreto e ne ha ordinato la promulgazione, disponendone l'entrata in vigore il 20 aprile 2025, Domenica di Pasqua, *derogatis derogandis, contrariis quibuslibet minime obstantibus*.

Lazzaro Card. You Heung sik
Prefetto

+ Andrés Gabriel Ferrada Moreira
*Arcivescovo Tit. di Tiburnia
Segretario*

[1] Francesco, Esortazione apostolica *Evangelii gaudium*, 24 novembre 2013, in AAS 105 (2013), 1039-1040, n. 47.

[2] Cfr Paolo VI, Lettera apostolica in forma di Motu proprio *Firma in traditione*, 13 giugno 1974, in AAS 66 (1974), 308; Congregazione per il Clero, Decreto *Mos iugiter*, 22 febbraio 1991, in AAS 83 (1991), 443.

[3] Cfr, ad esempio, Constitutiones Apostolorum (± 380) II.28,5: «*Si autem (diaconus) et lector est, accipiat et ipse una cum presbyteris*»; VIII.31,2-3: «*Eulogias, quae in mysticis oblationibus supersunt, diaconi ex voluntate episcopi aut presbyterorum distribuunt clero...*», in F.X. Funk, *Didascalia et Constitutiones Apostolorum* (Paderborn, 1905; ristampa anastatica 1964), vol. 1, pp. 108-109 e 532-533; *Canones Apostolorum* (5e eeuw) 41, in C. Kirch, *Enchiridion fontium historiae Ecclesiasticae antiquae* (Barcelona, 1965[9]), n. 699.

[4] Cfr, ad esempio, S. Ufficio, Decreto, 24 settembre 1665, n. 10, in DH 2030; Sacra Penitenzieria Apostolica, *Istruzione Suprema Ecclesiae bona*, 15 luglio 1984, in *Enchiridion Vaticanum* S1, nr. 901-912; Congregazione per il Clero, Decreto *Mos iugiter*, cit., 444, art. 1 §1.

[5] Congregazione per il Clero, Decreto *Mos iugiter*, cit., 446, art. 5 § 1.

[6] *Ibidem*, 445, art. 2 § 3.

[7] Cfr *ibidem*, 443-444.

Comunicación del fallecimiento del Santo Padre Francisco

A las 9:47 de esta mañana, Su Eminencia, el cardenal Kevin Joseph Farrell, camarlengo de la Santa Romana Iglesia, ha anunciado con dolor el fallecimiento del Papa Francisco con estas palabras:

«Queridos hermanos y hermanas, con profundo dolor debo anunciar la muerte de nuestro Santo Padre Francisco.

A las 7:35 de esta mañana, el Obispo de Roma, Francisco, ha vuelto a la casa del Padre. Toda su vida ha estado dedicada al servicio del Señor y de su Iglesia.

Nos enseñó a vivir los valores del Evangelio con fidelidad, valentía y amor universal, especialmente en favor de los más pobres y marginados.

Con inmensa gratitud por su ejemplo de verdadero discípulo del Señor Jesús, encomendamos el alma del papa Francisco al amor infinito y misericordioso de Dios Uno y Trino».

Testamento espiritual del Santo Padre Francisco

Miserando atque Eligendo

En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

Sintiendo que se acerca el ocaso de mi vida terrenal y con viva esperanza en la Vida Eterna, deseo expresar mi voluntad testamentaria únicamente en lo que se refiere al lugar de mi sepultura.

Siempre he confiado mi vida y mi ministerio sacerdotal y episcopal a la Madre de Nuestro Señor, María Santísima. Por eso, pido que mis restos mortales descansen esperando el día de la resurrección en la Basílica Papal de Santa María la Mayor.

Deseo que mi último viaje terrenal concluya precisamente en este antiquísimo santuario mariano, al que acudía para rezar al comienzo y al final de cada viaje apostólico, para encomendar con confianza mis intenciones a la Madre Inmaculada y darle las gracias por su docil y maternal cuidado.

Pido que mi tumba sea preparada en el nicho de la nave lateral entre la Capilla Paulina (Capilla de la *Salus Populi Romani*) y la Capilla Sforza de la citada Basílica Papal, como se indica en el anexo adjunto.

El sepulcro debe estar en la tierra; sencillo, sin decoraciones especiales y con la única inscripción: *Franciscus*.

Los gastos para la preparación de mi sepultura serán sufragados con la donación del benefactor que he elegido, suma que será transferida a la Basílica Papal de Santa María la Mayor, y para lo cual he dado las instrucciones oportunas a Mons. Rolandas Makrickas, Comisario Extraordinario del Capítulo Liberiano.

Que el Señor dé la merecida recompensa a quienes me han querido y seguirán rezando por mí. El sufrimiento que se ha hecho presente en la última parte de mi vida lo ofrecí al Señor por la paz en el mundo y la fraternidad entre los pueblos.

Santa Marta, 29 de junio de 2022

Francisco



Conferencia Episcopal

- La Conferencia Episcopal Española se une a la cadena eucarística por la paz en Ucrania y Tierra Santa
- Fallece el Papa Francisco I a los 88 años de edad
- Nota y rueda de prensa final de la 269ª Comisión Permanente

La Conferencia Episcopal Española se une a la cadena eucarística por la paz en Ucrania y Tierra Santa

El Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) invita a todos sus miembros a unirse a la cadena eucarística de esta Cuaresma 2025 «para orar por las víctimas de la guerra e invocar del Señor una paz justa y duradera especialmente para Ucrania y Tierra Santa». La Iglesia española tiene designado el jueves 3 de abril. Con este motivo, la Conferencia Episcopal Española celebrará este día la eucaristía con estas intenciones en la Capilla de la Sucesión Apostólica.

La cadena eucarística nació como signo de cercanía de la Iglesia con las víctimas del Covid y sus familias, pero ya se ha convertido en una cita fija de oración de las Conferencias Episcopales de Europa desde el Miércoles de Ceniza hasta el Jueves Santo.

Esta iniciativa pretende ser «una experiencia de comunión y un signo visible de esperanza para todo el continente europeo»; tiempo de oración, ayuno y limosna «para que todos nos sintamos hermanos e imploremos a Dios el fin de la guerra», explica el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa.

Desde el CCEE llaman también a seguir rezando por la salud del Papa Francisco «en estos días de sufrimiento y enfermedad».

27 de marzo de 2025

Fallece el Papa Francisco I a los 88 años de edad

El Papa Francisco ha fallecido a las 7:35 horas del lunes 21 de abril, a los 88 años de edad, según ha anunciado Kevin Joseph Farrell, Cardenal Camarlingo, con un comunicado a las 9:47 horas. El Santo Padre ha fallecido en su apartamento en la Domus Santa Marta, en la Ciudad del Vaticano.

«Queridos hermanos y hermanas: con profundo dolor debo anunciar el fallecimiento de nuestro Santo Padre Francisco. A las 7:35 de esta mañana, el Obispo de Roma, Francisco, regresó a la casa del Padre.

Toda su vida estuvo dedicada al servicio del Señor y de su Iglesia. Nos enseñó a vivir los valores del Evangelio con fidelidad, valentía y amor universal, especialmente en favor de los más pobres y marginados.

Con inmensa gratitud por su ejemplo de verdadero discípulo del Señor Jesús, encomendamos el alma del Papa Francisco al infinito amor misericordioso del Dios Uno y Trino».

21 de abril de 2025

Nota y rueda de prensa final de la 269ª Comisión Permanente

La Comisión Permanente ha celebrado su 269ª reunión los días 25 y 26 de febrero en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE), en Madrid. En la celebración eucarística previa al inicio de la Permanente, los obispos rezaron por los enfermos, pidiendo especialmente por el papa Francisco.

El secretario general de la CEE, Mons. Francisco César García Magán, informa en rueda de prensa, el jueves 27 de febrero, sobre los trabajos de este encuentro.

Líneas pastorales para el periodo 2026-2030 y aplicación del documento final del Sínodo

La Comisión Permanente ha comenzado a perfilar las líneas pastorales de la CEE para el periodo 2026-2030. El presidente, Mons. Luis Argüello, ha expuesto algunas ideas para comenzar a reflexionar. Todas las aportaciones que se han hecho se recogerán en un primer borrador que se presentará en la próxima Asamblea Plenaria, que tendrá lugar del 31 de marzo al 4 de abril. Hasta finales del curso 2024-2025 están vigentes las orientaciones pastorales y las líneas de acción «Fieles al envío misionero».

También se ha dialogado sobre cómo aplicar a la vida de la Iglesia en España el documento final del Sínodo «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión». Para ello, Mons. Francisco Conesa, que participó en la Asamblea en representación de la CEE, ha presentado un resumen de este texto. También la Plenaria continuará estudiando este tema.

Celebración Ecuménica con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea

La Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso está coordinando la celebración de un acto ecuménico con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea. En este acto se hará pública una Declaración con la que invitar a renovar la fe de Nicea.

Mons. Francisco Conesa, presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, a la que pertenece esta Subcomisión, ha presentado a la Permanente un borrador del texto que, tras recoger las indicaciones que han hecho los obispos en esta Comisión Permanente, pasará a la próxima Asamblea Plenaria.

Centenario de las apariciones de la Virgen a sor Lucía en Pontevedra

El arzobispo de Santiago de Compostela, Mons. Francisco José Prieto, y el director del secretariado de la Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida, Luis Manuel Romero, han adelantado las propuestas pastorales en las que están trabajando para conmemorar el centenario de las apariciones de la Virgen a sor Lucía en Pontevedra. También han informado sobre el estado de las reformas del Santuario en el que se apareció, del que es responsable, en nombre de la CEE, Luis Manuel Romero.

Reglamento de educación

Por su parte, Mons. Alfonso Carrasco, presidente de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, ha llevado a la reunión el Reglamento del Consejo General de la Iglesia en la educación, que pasará a la Asamblea Plenaria.

Proyecto «Recordar la santidad en la Iglesia particular»

También ha intervenido en la Comisión Permanente la directora de la Oficina para las Causas de los Santos, Lourdes Grosso, para presentar el proyecto «Recordar la santidad en la Iglesia particular». El objetivo de esta nueva iniciativa es elaborar unas Orientaciones que puedan ayudar a las diócesis en

la pastoral de la santidad. Su base, será la Carta del papa Francisco para conmemorar en las Iglesias particulares a sus Santos, Beatos, Venerables y Siervos de Dios, de 16 de noviembre de 2024.

Otros temas de orden del día

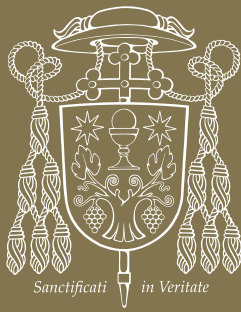
El orden del día se completa con la información sobre el estado actual de Ábside (COPE y TRECE).

Como es habitual, se ha aprobado el orden del día de la próxima Asamblea Plenaria y distintos nombramientos. También se ha dado el visto bueno a la publicación conjunta entre la BAC y San Pablo del libro «La Biblia. Escrutad las Escrituras». Además, se han tratado diversos temas económicos y de seguimiento.

Nombramientos

La Comisión Permanente ha designado a Mons. Santos Montoya Torres nuevo Consiliario de la Acción Católica de España. Además, ha realizado los siguientes nombramientos:

- Juan Antonio Pérez Mena, laico de la diócesis de Albacete, como presidente de la «Federación de Scouts de Castilla-La Mancha».
- P. José Javier de Eguilaz López de Ciordia csv, religioso de la Congregación de los Clérigos de San Viator, como Asistente Eclesiástico de la Asociación «Cristianos Sin Fronteras».



Sanctificati in Veritate